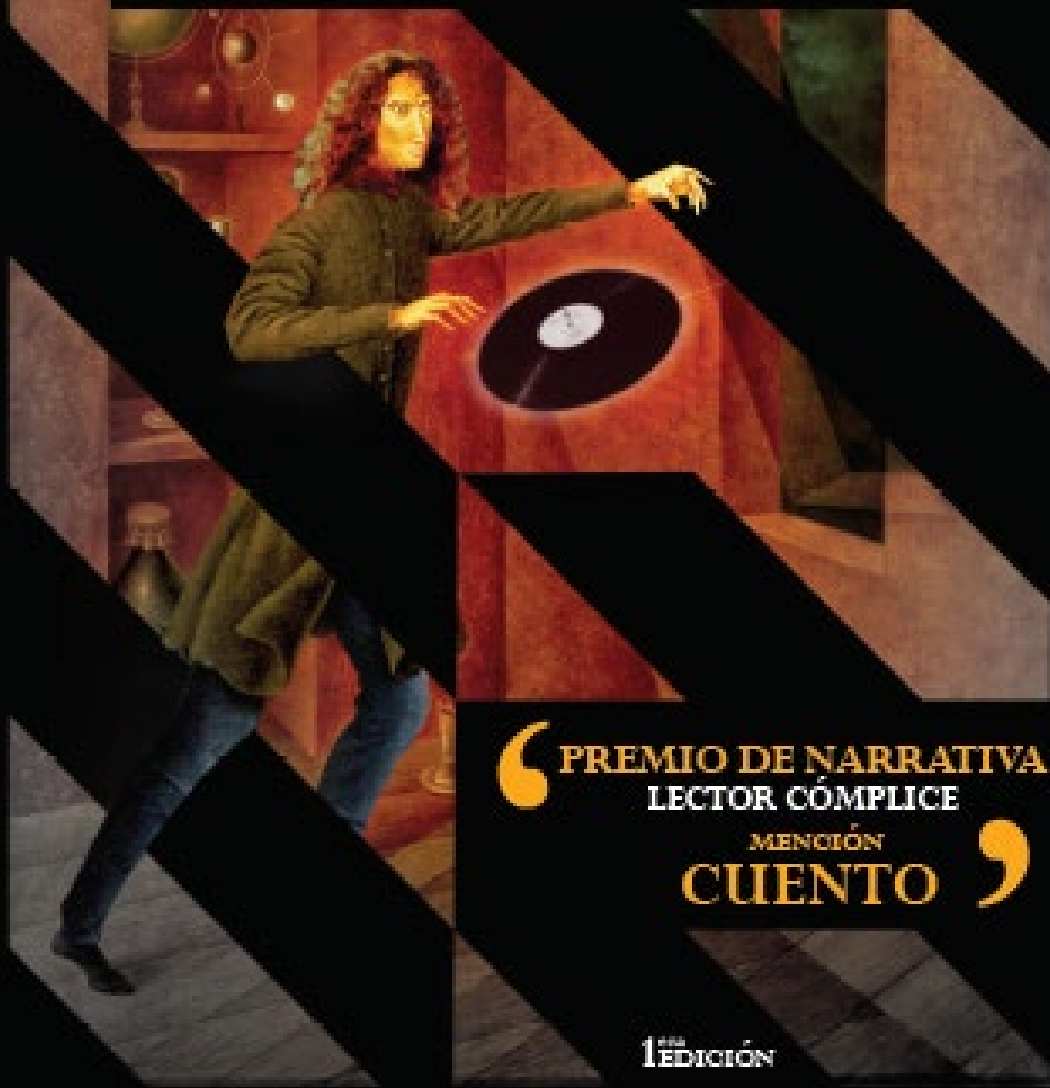


# MUNDOS DIAGONALES

JAVIER DOMÍNGUEZ



PREMIO DE NARRATIVA  
LECTOR CÓMPlice  
MENCIÓN  
CUENTO

1ª EDICIÓN



# **MUNDOS DIAGONALES**

**Javier Domínguez**

**Primer Premio de Narrativa Lector Cómplice 2014**

**Editorial Lector Cómplice**



**Colección La Noche boca arriba**

**2015**

## **Mundos Diagonales**

© Javier Domínguez

1ª edición en español: septiembre 2015

© Editorial Lector Cómplice

### **Primer Premio de Narrativa Lector Cómplice 2014 (cuento)**

Editora: Lesbia Quintero

Portada: Carolina Miranda

Diagramación: Oralia Hernández

Queda hecho el depósito que marca la ley

Depósito Legal: lf374201

ISBN: 978-980-7477- 65-9

Editorial Lector Cómplice

Caracas 1014 - Venezuela

E-mail: [editorial.lectorcomplice@gmail.com](mailto:editorial.lectorcomplice@gmail.com)

<http://www.lectorcomplice.com>

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente por ningún medio ni procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma, sin la autorización previa y por escrito de la editorial.

## **Veredicto, categoría cuento**

Nosotros, Anabelle Aguilar, Graciela Bonnet y Nesfran González, escritores designados por Editorial Lector Cómplice para fungir como jurados del Primer Concurso Literario Lector Cómplice 2015, para la mención libro de cuentos, reunidos el día de hoy, 4 de febrero de 2015, luego de leídos los libros finalistas, y escuchada la argumentación de cada uno de ellos, decidimos, por unanimidad, otorgar el premio al libro “Los Mundos Diagonales” identificado con el seudónimo Richard Caprari, por su interesante propuesta narrativa, economía del lenguaje, acertado uso del género y sus recursos y temática universal.

Además resolvimos otorgar una mención honorífica al libro “El día que hice el amor con García Márquez” enviado con el seudónimo “El Mago”, por considerarlo de novedoso interés y alta calidad narrativa.

Una vez abiertas las plicas, resultó que el ganador es el escritor Javier Domínguez y la titular de la mención correspondió a la escritora Minerva Reyes Rojas.

Felicitamos a ambos escritores distinguidos y les deseamos el mejor futuro literario.

En Caracas, a los 4 días del mes de febrero de 2015

Anabelle Aguilar

Graciela Bonnet

Nesfran González

*Con la imaginación yo había rescatado mi vida*

**Christopher Priest**

## VOY A DEJARTE, NENA

*Oh, baby, you know, I've really got to leave you*

*Oh, I can hear it callin' me*

Led Zeppelin

Incluso la portátil cabe en la maleta aunque prefiero llevarla en el bolso de mano. Pienso en dejar el iPod, pero aún no estoy listo, no dejo de escuchar a *Zep* una y otra vez: *babe I'm gonna leave you*, canta Robert Plant, y la guitarra de Jimmy Page arrastra sus palabras como una avalancha y yo también caigo cuesta abajo, dirigido por una fuerza mayor, como si unos hilos invisibles movieran mi cuerpo, tomaran la ropa y la colocaran en las maletas. Llevo el pasaporte, dejo las tarjetas de crédito, el teléfono y las llaves del Toyota. Esos detalles le dirán a Mariela que no ha sido un robo ni un secuestro, quizás eso mitigue un poco su angustia. Con suerte pensará que me he ido con otra mujer, así pasará a la historia como otro idiota que abandonó a su familia por un par de tetas grandes.

Prefiero eso antes que enfrentarme a la familia, a los amigos, a los conocidos, a la Nena. No puedo justificar cosas que al final no entenderían. ¿Por qué renunciar a la casa? ¿A la familia? ¿A la gran corporación? ¿A los viajes a Disney cada dos años? Y no tengo respuestas. Tan sólo este impulso y la piel erizada cuando Plant aúlla desde el iPod: *Oh, I can hear it callin' me*. Y yo también lo escucho, también he oído *eso* que llama a Plant y le dice que debe marcharse.

No puedo dejarlo caer en la cena como quien ha decidido cambiar el lugar de las vacaciones o de taller mecánico. Mi familia lo tomaría como un chiste, luego como una crisis, finalmente debería decirles que *algo* me impele a ello ¿y si no lo ven? Entonces sólo quedaría dejarles escuchar a ZEPPELIN e igual irme. Marcharme entre los acordes de guitarra, salir por la puerta en cámara lenta, con las dos maletas y la portátil al hombro. Pero si voltease y viese los ojos inmensos de Mariela, con los bordes brillantes de lágrimas

me convertiría en un montón de sal y no tendría otra opción que volver, tomar a Mariela de las manos y decirle que no volverá a pasar, que la amo por sobre todo a ella y a los niños, la abrazaría y al día siguiente volvería a la oficina. Por eso me marché en plena mañana, con los chicos en el colegio y Mariela en su trabajo.

Y aunque los amo, ignoro cuánto tiempo podría resistir hasta que la voz comience a llamarme de nuevo. Quizás cuando retomase la lectura de un poema, como ese de Bukowski en el que ordena agarrar la máquina de escribir, encerrarse en un cuarto minúsculo, asir la soledad, el hambre y la locura apenas como reflejos deformes de una luz mayor.

¿Cómo puedes escoger semejante cosa? Preguntarían Mariela y la Nena. Y comprendo su perturbación, porque no saben que ya estoy enloqueciendo, pero no en el cuartucho del poema de Bukowski, sino en el apartamento con ventanales enrejados al norte de la ciudad, en los baños con toallas que combinan con los azulejos, en el cubículo de la oficina de clima templado, en las comidas de trabajo donde se discuten las ventas del mes y los pronósticos del trimestre, las conversaciones de negocios que se agotan y terminan por caer en la política, en los chistes fáciles, las mismas chanzas en distintas bocas. Enloquezco en las reuniones y fiestas de los amigos, mientras bebo en un rincón y observo al último trozo de hielo diluirse en el vaso de whisky y alguien aparece como un fantasma para recargar el trago, sin fijarse que ese fragmento de materia consumido en el licor podría construir un poema. Pero esa idea se deshace en la vorágine del brindis, la música ruidosa, las conversaciones prescindibles.

La Nena me impidió ver esas cosas antes. Ella me ha guiado todo el tiempo; me ayudó a conocer a Mariela, me obligó a *enseriar*me hace años. Y nos casamos por el civil y la iglesia, tuvimos dos lindos niños unos años después y nos hemos quebrado el lomo, las arterias, el alma por este apartamento y los dos Toyota, ¿qué otra cosa puede haber en la vida? Los hijos, por supuesto. Y los niños renovaron las razones para levantarse cada mañana a lidiar con un trabajo que cada día se hacía más arduo, porque cada lunes se parecía al lunes anterior, y así el martes, la semana, el mes, el año y descendí por una espiral, hasta que un día quise abandonarlo todo. Pero la Nena me recordaba que Mariela y la familia me necesitaban, ya vendría la jubilación, sólo veinte años más y entonces tendría el tiempo y los recursos para pensar en otra cosa.



Y yo le hice caso, me encerraba en mi estudio a escuchar a ZEPPELIN y dejaba que esos pensamientos se disiparan, porque yo era un hombre íntegro, un valiente que moriría con las botas puestas y la próstata hinchada. Entonces vino esa feria del libro a la que asistimos porque no teníamos nada mejor que hacer un sábado y recorriendo los puestos en los que Mariela tomaba un montón de títulos sobre cómo trabajar más y mejor, yo encontré un librito tirado en una pila de remate.

Leí la contraportada y decía algo sobre los autores que dejaron de escribir, los que dijeron *No* a ese camino. Lo compré y lo leí en unos días, encerrado en el estudio, escuchando THE DOORS y a Bob Dylan, recorrí el camino de los que decidieron abandonar la escritura, aun cuando pareciera una locura dentro de su pequeño mundo literario. De ahí salté a la lectura desordenada de algunos de los escritores de los que hablaba Vila-Matas y éstos me llevaron a otros. Las enciclopedias decorativas del estudio y los libros de gerencia empezaron a compartir el espacio con Melville, Kafka, Cortázar, Borges, Wilde, Bukowski, Dick, Poe, Vargas Llosa. Además de las obras me atraían sus vidas, su entrega apasionada a la escritura.

El asunto pasó desapercibido para la Nena el primer año, pero a medida que los libros consumían el espacio y mi tiempo, entonces ésta se confabuló con Mariela para que me alejara de ellos, porque hay tantas cosas que hacer, tantas fiestas a las que llevar a los niños, reuniones familiares, de trabajo, no podía perder el tiempo con cuentitos de ballenas, de borrachos, de castillos o naves espaciales. Y yo cedí, retomé las actividades con la familia, pero los libros ya habían abierto una filtración en alguna parte de mí. No podía encerrarme a leer todas las noches y menos el fin de semana, entonces empecé a leer en la oficina, en la hora del almuerzo, lo cual me impedía sentarme con los jefes y a reírles los chistes o a continuar con la cháchara de trabajo en el descanso.

La Nena, preocupada, hizo que un compañero se me acercara un día a notificarme de lo inconveniente de aislarme detrás de novelitas en la hora del almuerzo, no le hice caso. Perdí una bonificación por desempeño, promovieron al compañero y cambió a un cubículo más grande. Él volvió sobre el asunto de las novelitas, ahora con la gravedad intimidante de un jefe y prometí dejarlas, pero en ese entonces yo atravesaba mi período Pessoa, indagué sobre su vida y supe que escribía en la hora de almuerzo de su trabajo de oficinista respetable. Como yo no podía continuar leyendo sin que me consideraran un manganzón,

entonces empecé a anotar cosas en una libreta y así parecía que continuaba trabajando aún durante el almuerzo. Con eso me libré del compañero, pero además me dio algo distinto a la lectura.

Al principio sólo anotaba frases: “las conversaciones banales son sólo otra forma de silencio... Rogamos a los solteros que se casen y tengan hijos para vernos duplicados en ellos y saber que no nos equivocamos.” Y un día decidí hacer una historia a partir de ellas. La primera: un científico solterón, acosado por todos a casarse porque debía iniciar la vida dichosa de la familia, él se negaba por el matrimonio fracasado de sus propios padres, a las constantes quejas que escuchaba de sus compañeros de trabajo de sus esposas y esposos, a su vecino cuyo hijo se convirtió en delincuente juvenil. El asunto se complica hasta que un fiscal del Ministerio Público lo acusa de poner en riesgo a la célula fundamental de la sociedad, entonces se encierra en el laboratorio de su trabajo y crea un clon de sí mismo, una vez que hace el primero repite el proceso cinco veces más y se lo muestra a los acosadores. Lo dejan en paz y le piden que clone a cada uno de ellos, la historia culminó con el descenso de la tasa de matrimonios y el mundo de feliz de las personas rodeadas de sí mismas.

Cuando pensé la idea me entusiasmé, cuando la transcribí en las hojas y la leí me aburrí. Tantas palabras repetidas, los diálogos artificiosos, párrafos de diez líneas sin una coma y otros con tantos puntos mal ubicados como baches en una carretera. Pero en vez de desanimarme, la reescribí tratando de que la historia tuviese una fluidez semejante a las historias que leía. En el tercer intento desistí.

Me animé con otros relatos, pero el entusiasmo inicial mermaba a medida que los escribía. En una ocasión, a la mitad de uno, pensé que tal vez Vila-Matas estaría en ese mismo instante también escribiendo. Me sentí ridículo, creí por unas fracciones de segundo que mi acto de ensuciar papeles podía parecerse en algo al acto *real* de escribir. Entendí que no podía serlo, años de formación y la decisión de dedicarse a la escritura con disciplina monacal no era comparable a robarse una hora de almuerzo y algunos ratos en la casa.

Tomé todos los papeles, las libretas y las guardé en una caja que puse en un rincón del estudio. Desperté de la segunda crisis y dejé mis historias como esos crucigramas del domingo a medio hacer que prometemos terminar en la semana. Le hice caso a la Nena, ella

me repitió que lo retomara después de jubilarme, todo retirado necesita de algún pasatiempo.

Me sumergí en el trabajo, llegué tarde a la casa muchas veces, lo suficiente como para tener la excusa de no leer mucho, sólo transcribí informes de estados financieros, reportes de cierre mensual, cartas a proveedores. Sin embargo, la Nena me recompensó y en diciembre gané el bono por desempeño. Lo juntamos con mis utilidades y las de Mariela, y viajamos a Miami. Pasamos la navidad en Disney donde cada noche cerraban con fuegos artificiales: luces brillantes, vistosas, espectaculares y siempre iguales. Me hastié de ellos en la tercera noche, pero los niños no, los miraban con la misma alegría de la primera vez y Mariela se contagiaba con ellos. Yo sólo me aburría, excepto por el breve vértigo de los juegos mecánicos.

En la quinta noche bajo los fuegos artificiales, vi a una pareja de jubilados sentados en la grama. Sus rostros reflejaban el mismo fastidio que me embargaba, la señora dijo algo sobre un acto musical que le gustaría asistir, el hombre buscó en un tríptico el pabellón del espectáculo. Miró el mapa, lo volteó, señaló los sitios que creía reconocer, discutieron hasta que se les pasó la hora del evento y se quedaron bajo la incandescencia de las luces, resignados.

El día de nuestro retorno los volví a ver en el aeropuerto. Yo estrenaba un iPod que pude colar entre las compras compulsivas de ropa y juguetes con algunas canciones de ZEPPELIN. Hacíamos la fila para el check-in y los ancianos verificaban una y otra vez sus maletas, las confundieron con las de los otros pasajeros, el hombre se tocaba los bolsillos del pantalón, quizás para verificar que su billetera siguiera ahí, la señora conversaba con los compañeros de fila. No se dieron cuenta cuando les llegó su turno, la chica de la aerolínea los llamó y les hizo señas para que se acercaran. Entonces los ancianos cayeron de su mundo, arrastraron sus maletas, nuevamente las confundieron con las de otros, aclaratorias, risas; es que todas se parecen, dijo alguien. En ese momento sonaba *Dazed and Confused* en el iPod, la pareja parecía hacer una coreografía con los acordes oscuros de la guitarra, subieron sus bolsos de mano al mostrador, buscaron los tickets, entregaron unos papeles, la chica los regresó, papeles incorrectos, más segundos desorientados, el hombre acusó a la esposa de mezclarle los documentos, ella replicó y dijo que él los tuvo todo el tiempo, nuevas aclaratorias, la chica les pidió el pasaporte, los entregaron, ella revisó la

computadora. *Been dazed and confused for so long, it's not true*, decía Plant por los audífonos. Finalmente les entregaron los tickets de abordaje, colocaron las maletas en la báscula, pasó una, la otra, la tercera tenía sobrepeso, fluía la guitarra de Page y Plant soltaba aullidos leves. Abrieron la maleta, les regresaron las anteriores, intercambiaron cosas, las volvieron a pesar, finalmente fueron admitidas, la gente en la fila se impacientó, algunos se quejaron, la batería se disparó y ellos tardaron toda la descarga para volver a cerrar la última maleta. *Been dazed and confused for so long, it's not true*. Finalmente la chica les entregó los tickets de abordaje, salieron de la línea, sus miradas sobre los tickets, caminaron por el pasillo como buscando algún sentido entre lo que decía el boleto y los avisos. La canción terminó. Algunos agradecieron que por fin se marchasen. *Sin lugar para los débiles* se llamaba una novela que dejé pendiente por leer, sepultada en una caja y en esta dinámica tampoco hubo lugar para ellos, ni para su parsimonia, ni para sus olvidos.

Seré uno de ellos en treinta años o menos, con mis chocheras, achaques y manías, con mi lentitud y torpeza. ¿Y en ese estado hallaré la fluidez que me faltaba en las libretas que rayé? ¿En ese momento tendré la lucidez, o aunque sea el ánimo, de enfrentarme al papel, a la pantalla, a la historia?

Hicimos el check-in y caminamos hacia la puerta de abordaje, y Plant decía por los audífonos, *Oh, I can hear it callin' me*. Sí, Robert, yo también lo escuché, pero la Nena me dijo que no le hiciera caso, que mejor me dirigiera al *Duty free*. Lo hice y ahogué mis angustias en ese rincón libre de impuestos.

Cuando volvimos a casa necesitamos el espacio del estudio para poner las cosas que compramos en Miami. Mariela me pidió que llevara las cajas de libros al maletero del estacionamiento. Las bajé con calma y las apilé con el resto de los cachivaches. El fin de la navidad tuvo su monumento en una columna torcida de cajas en la esquina del maletero.

Los amigos preguntaron por nuestro viaje, yo les hablaba de las atracciones del parque, los fuegos artificiales y los precios de los peroles electrónicos, nunca hablé de la pareja de ancianos luchando con sus maletas entre el flujo de personas.

Cuando volví al trabajo puse el recuerdo de los libros en el sótano de mi mente, también dejé de escuchar a ZEPPELIN y nada me molestó por un par de meses. La Nena hizo que me consideraran para un puesto en la gerencia regional.

*Eso que me llamaba se calló hasta que Mariela decidió reorganizar el espacio en el maletero. Vio la pila de cajas en el rincón y me preguntó si podía donar los libros, de lo contrario la humedad podría dañarlos o el papel atraer ratas. Estuve de acuerdo y cuando bajé la primera caja y la abrí, tomé un libro de poemas de Bukowski, lo abrí a la mitad y leí:*

*agarra una buena máquina de escribir  
y mientras los pasos van y vienen  
más allá de tu  
ventana dale a esa  
cosa  
dale duro  
haz de eso un pelea de peso pesado  
haz como el toro en la primera embestida*

Recordé a los ancianos del aeropuerto. ¿Podría yo embestir a esa edad? No lo sabía. Pero más riesgoso me parecía deambular por los vericuetos de mi mente, sin entender mucho de lo que pasa alrededor. Así que tomé las cajas de libros, las subí al auto, llegué a un quiosco de periódicos y busqué los clasificados. Marqué varios avisos de anexos y habitaciones para alquilar. Visité los escogidos hasta que me decidí por uno en las afueras, una habitación, un baño, una cocinita, un sitio apartado. Pagué enseguida el depósito y un mes adelantado, descompuse todo el presupuesto del mes, pero no me importó. Dejé las cajas en la habitación y volví a la casa. Le dije a Mariela que había regalado todo a una biblioteca pública.

Al sábado siguiente salí temprano con la excusa de hacer cambio de aceite al carro, apenas lo dije agregué balanceo, alineación y luego al auto lavado, llegaría a la tarde. Mariela me pidió que volviera tan pronto como pudiese, a las cuatro los niños asistirían a una fiesta y deseaba llegar temprano.

Me dirigí al centro, compré una silla y un escritorio desarmado, luego al anexo, metí las cosas y armé el escritorio. Puse el laptop encima y busqué las libretas con mis notas, retomé la historia del científico y los clones, quise reescribirla desde el principio pero no pude pasar de las dos líneas. Cada frase me interrogaba con ¿y ahora qué? ¿Por qué alguien seguiría leyendo hasta la siguiente frase? Me dieron las tres en lo que pareció sólo un

instante. Mariela me llamó al celular, preguntó si recordaba lo de los niños, le dije que sí, me levanté, tomé el laptop, cerré todo y salí disparado a la casa, luego a la fiesta.

El siguiente sábado repetí la escapada, y luego el domingo. Alternaba mi tiempo entre escribir y leer, contraté un servicio de Internet y a veces me quedaba conectado por horas leyendo las biografías de otros autores. No sabía qué me atraía de ellos, primero pensé que era la historia personal de éxito, pero no podía ser algo tan banal, luego pensé que había sido el peso de sus obras en la literatura, pero yo tampoco podía apreciar eso con mis lecturas ínfimas y sin el ojo del lector experimentado, apenas me guiaba por el gusto.

Lo dejé como otra tarea pendiente y me encasillé en la idea de terminar las historias de la libreta, no importaba si luego las arrojaba a la papelera, sólo importaba terminar un cuento. Un principio, un conflicto, un desenlace, me conformaba con eso, luego empezar de nuevo con la misma u otra, en algún momento saldría alguna historia con el mismo aire fluido de las cosas que leía.

Por supuesto que el alquiler del anexo y los servicios fueron consumiendo mi presupuesto, empecé a atrasarme con los pagos del condominio, usé las tarjetas de crédito y trasladé los atrasos al banco, así oculté mi desbarajuste. Mariela empezó a sospechar que algo ocurría y la Nena también me hizo advertencias. La primera me confrontó un día, me preguntó si tenía otra mujer, Mariela quería entender por qué desaparecía todos los fines de semana, porque había llamado al banco para pedir fechas de pagos vencidos. La Nena en cambio, se desquitó obviando mi nombre de los posibles ascensos en la empresa.

Mis excusas, tan incompletas como mis historias en el papel, me convencieron de retirarme de nuevo del asunto, pensé en entregar el anexo al finalizar el mes. Así que primero rescindí mi contrato del Internet, dejé pasar un fin de semana, al siguiente llegué al anexo con toda la intención de recoger mis cosas y dejarlas tiradas en alguna esquina. Pero me entretuve relejendo algunos papeles, entre ellos se coló una entrevista a Cortázar donde decía que no habría asistido a la misma si en el camino se le hubiese ocurrido una idea para un cuento. Me quedé pensando en eso, luego revisé el resto de los papeles, en todos había señalado cosas semejantes de otros escritores. ¿Cuándo había yo detenido la marcha del mundo por algo? *Oh, I can hear it calling' me*, gritó de nuevo Plant desde el iPod.

Me había entregado al matrimonio, a la familia, al trabajo. Realicé todas esas tareas con empeño y entusiasmo, pero contagiado por un fervor ajeno, guiado por la seductora voz de la Nena. Yo galopé todo ese tiempo detrás de la zanahoria que ella me ponía.

¿Y ahora? ¿Cómo podría vivir sabiendo que la verdadera vida latía en otra parte? ¿No podía acaso conciliarlo con la familia? ¿Para qué atormentarse cuando había un mundo real que me necesitaba y no podía abandonarlos? Di otro vistazo a los papeles y me encontré con esta frase de Keats: “Nunca llega a ser coronado por la inmortalidad quien teme ir adonde le conducen voces desconocidas”. Volví a la casa y esperé hasta este lunes para recoger mis cosas.

Yo no aspiro a la inmortalidad, apenas a vivir sin miedo a las voces desconocidas, conocer ese fuego que hizo creer a Cortázar que no había otra cosa por la cual vivir. Nunca conocí a la entrega verdadera porque nunca la había practicado, ni siquiera con mi esposa. Sin duda la quiero, pero ¿amor? Con ella sólo había vivido un guión dictado por la Nena, el amor seguía siendo para mí otra voz desconocida. Por ello me entrego a ese coro de cantos oscuros, para descifrarlos, entenderlos.

Por eso debo concluir esta canción personal, buscar en las libretas los retazos de mi propio camino inconcluso y entregarme a ellos. Quizás cuando descifre *eso* que me llama pueda reconciliar todas mis partes.

Cierro el bolso, Robert Plant vuelve a decir: *Babe...I'm gonna leave you* y entiendo que había conservado esa canción sólo para recordar que he estado viviendo una tregua, que nuestros caminos se iban a separar en un momento dado, Nena. No te guardo rencores, ni te culpo de los resultados de mi vida, me has dado cosas importantes, momentos felices. Pero no puedo escapar de mi propia batalla, de la pequeña campaña que debo librar atrincherado en una habitación para culminar todas esas ideas polvorosas de las libretas.

En el anexo me espera otra mujer. La veo sentada en la salita, en la mano derecha tiene un vaso corto de whisky y un cigarrillo. Ha revisado mis papeles y sabe lo que vamos a desechar, también ha marcado las frases o ideas que no son del todo detestables. Para depurarse de mis paparruchadas literarias ha tomado un libro de Pessoa y se ha puesto a leer. Me espera desde hace tiempo. Sí, la oigo llamándome, yo también la escucho, Robert.

Adiós, Nena, gracias por todo.

## CÍCLOPE

Desde el accidente me cuesta reconocer las agujas o las pantallas de los relojes. Cuando logro distinguir alguna, sé que ese brazo pertenece a un estadounidense o un europeo. Ellos ven al tiempo como un río a contracorriente al que deben ganarle a cada brazada todos los días. Para mí, los relojes sólo funcionaban como un indicador para salir del sueño, de la casa, del almuerzo, del trabajo.

Ahora puedo ver el tiempo en la luz del sol de las diez, con su picosa vitalidad, su efecto de ola que empuja a todos en las calles. Veo a la luz entrando por los poros de las personas como termitas de fotones. La gente se llena de vigor, de entrega. Miro a mis compañeros de trabajo peleando las fechas de pago con los clientes, a los obreros diligentes y enérgicos. Lo más curioso es que la hora se encoge como los remolinos de los inodoros, el tiempo gira sobre mismo con rapidez y se agota, desaparece, se consume en la extraña entropía de las once, cuando todos vuelven a sus estados de autómatas.

Esa hora la puedo identificar por su contracción concéntrica, es como ver las ondas en un estanque, pero las ondas van desde el borde hasta el centro, lo cual hace que cada minuto sea más largo que el anterior. Puedo decir con propiedad que las 11:59 am es un óvalo inmenso que se forma en algún punto impropio del infinito y se va cerrando hacia el centro de cada reloj. Me gusta verlo llegar al reloj que está en la pared de la oficina.

Explico esto porque desde que veo al tiempo ya no intento controlarlo. Sé que él tiene su propio ritmo. Nosotros vamos como cazadores tras la mítica ballena blanca, tratando de ganarle, pero siempre terminamos atados a su costado, sumidos a su voluntad.

Todo eso puedo describirlo ahora, sin embargo, hace un año tan sólo podía notar destellos seguidos de largos días de oscuridad. Estuve reducido a una cama, con una bolsa de hielo en la cabeza y una montaña de pastillas con las que traté de mitigar los cinceles



que me partían la cabeza cuando abría el ojo. Los doctores me decían que todo marchaba con normalidad, que veían mejorías. ¿Y por qué no lo sentía así?

Los pacientes reaccionan de forma diferente al proceso de rehabilitación. Qué forma tan larga para decir *no lo sé*.

Vivía en el absurdo de un cuento con moraleja: no me alcanzarían los años para gastar todo el dinero del seguro, pero no podría disfrutar de nada, sólo a rumiar mi dolor, a despedir a las enfermeras cada tres días. Todas me parecían inútiles, sobre todo porque ninguna sabía cómo aliviar los cinceles. Pobres mujeres, cómo las atormenté, cada una tenía su estilo, las más expertas no me hacían caso, sólo me alcanzaban mis pastillas para dormir y la comida.

Dormir parecía un escape durante los primeros meses, aunque luego no llegaba ni a un paseo, porque cuando se va del punto A al punto B ida y vuelta, al retorno queda la evidencia del viaje: el pasaporte sellado, las fotos, los testigos. Pero al despertar no queda nada, quizás algún recuerdo que se diluye en la bruma de la memoria a las pocas horas. Entonces, dormir no funcionaba como un permiso de libertad condicional. En las mañanas el dolor seguía intacto y un reflejo condicionado me hacía salivar mi amargura.

Para distraerme miraba un reloj en el cuarto, mientras pasaban los minutos sentía que algo fluía entre mis dedos. De mi cuerpo resbalaba un fluido blanquecino, como un flujo de neblina corriendo entre mis manos y se deslizaba por el piso bajo la cama. Lo vi por unas fracciones de segundo. El resto de ese día me atacó una jaqueca demencial.

Me entregué a vivir en la huida, con esa excusa me hice cliente de un bodegón y un par de distribuidores de marihuana. Al principio me ahogaba con una botella de whisky y una caja de cigarros antes del almuerzo, luego flotaba un rato por una nube de marihuana, y un par de veces a la semana usaba unas líneas de polvo blanco. Al final me quedé con la última. El alcohol y la marihuana me relajaban pero las alucinaciones se prolongaban hasta por minutos, lo cual me producía una jaqueca de dos días al menos. Con la cocaína no podía dormir y me mantenía en un estado de alerta que no me dejaba tiempo para sentir dolor, ayudaba a mis enfermeras con la limpieza, hablaba mucho y cuando se agotaban las anécdotas las repetía una y otra vez como una máquina de chistes perpetuos, hasta que me derrumbaba en cualquier parte de la casa. En esos trances de locuacidad empecé a contarles las visiones a las enfermeras. Tuve que cambiar de agencia a las semanas. Ninguna deseaba

oír mis delirios. No quería mortificarlas, pero a veces, cuando las miraba todo se oscurecía y sus uniformes se volvían brillantes, aunque no había nadie dentro de ellos. Flotaban como fantasmas fluorescentes por la habitación. Cuando hablaban todo volvía a la normalidad. Y yo a mi concha de padecimiento.

Transcurrieron varias semanas hasta que el cirujano sentenció: “Ya cicatrizó por completo, vamos a quitarle el vendaje.” Entonces miré mi cara deforme. Sentía que mi rostro se deslizaba por el agujero en el que antes se alojaba mi ojo derecho como los deslaves de barro en las autopistas. Unos segundos me bastaron para evaluar los daños secundarios: si sonreía todo parecía mueca, fruncir el ceño perdió todo significado, no podía verme dubitativo, ni alegre, ni siquiera quería imaginar un llanto; las lágrimas bajando por un solo costado de mis facciones ridículas, una doble tristeza indigerible. El agujero rosáceo en lado derecho del rostro se tragaba mi humanidad.

El doctor notó mi preocupación y salió del consultorio al cubículo contiguo, cuando regresó, traía la caja. “Imagino cómo se siente. Esto ha ayudado en otros casos.” La abrió y pude ver las dos esferas. “Deben tener el mismo color de sus pupilas. Es un modelo costoso, viene en pares, así puede alternarlos cada dos días. Me tomé esta libertad porque la cobertura de su seguro lo permite. Además, hoy mismo podemos buscar unos lentes que ayuden a disimularlo. Si no le gusta siempre queda el parche.” Mi primera reacción fue un desaliento, en ese momento no podía atisbar lo que ocurriría después.

Tomé una de las esferas con la punta de los dedos y sentí que toda la ciencia moderna se reducía a un fraude. Mi situación, algo común en la historia de la humanidad, sólo podían resolverla con una prótesis de vidrio. Nada de tratamientos experimentales, ni hombre nuclear, ni nada. Ni siquiera con los seis millones en mis manos.

Resignado, escuché las explicaciones para usarlo y me lo puse. El doctor dijo que me molestaría un tiempo mientras se ajustaba a la cuenca de mi ojo. Llegué a temer que la esfera también desapareciera por el agujero. Al salir de ahí compré los lentes, llegué a mi casa. Seguí todas las instrucciones para sacarlo y guardarlo. Dormí. Sentí que caía por un tobogán, soñé con un lugar árido y oscuro.

Al día siguiente desperté cuando el sol me dio en la cara, no tenía jaqueca, fui al baño, me lavé el rostro, la cuenca. Estaba mareado y no podía ver con claridad, tuve la idea de recostarme de nuevo para no invitar al dolor de cabeza. Vi el estuche con los *ojos*, tenía

ese aire de los objetos nuevos, de los que aún buscan su propio espacio en la cómoda. Tomé un ojo, lo humedecí con la solución lubricante, lo puse cuidadosamente en la cuenca. Cerré el párpado, al principio le costó deslizarse sobre la esfera, agregué otro poco de la solución, descendió con más suavidad. Aun así me sentía incómodo y ridículo con ese ojo fijo, brillante. Si no me movía podrían confundirme con un perro de porcelana.

La enfermera de turno tocó la puerta y entró. “¡Qué bien se le ve!” dijo. “Gracias”, le respondí. Parpadeé y oscureció, su uniforme brillante flotaba por la habitación, el cabello le creció de pronto y le cubrió el rostro, salió sobre sus pasos por la puerta, cerró. Brinqué sobre la cama. “¿Pero qué le pasa?” preguntó y la vi a mi lado, sin pelo en la cara, sin uniforme incandescente. “No, todo bien, un pinchazo nada más”.

Esa mañana a las once en punto descubrí las primeras ondas convergiendo en el reloj de la cocina. No volvió la jaqueca. Después mi enfermera tomó la costumbre de transformarse en muchas cosas: un árbol con piernas; un murciélago de alas enormes que se revoloteaba en la sala, a veces tenía el cuello de cisne, había algo dulce y terso en ese plumaje de algodón. Una vez noté que algo como un corazón pequeño y dorado latía en su vientre, tenía ramificaciones que a cada latido se expandían. No dije nada, pensé en un embarazo. Pero me equivoqué, a los meses me dijo que debía tomar un tratamiento por múltiples fibromas en el útero.

Cuando ella se retiró, decidí volver al trabajo. La lástima puede explotarse también como cualquier recurso valioso, me entrevisté con mi antiguo jefe quién fingía no notar mi ojo de vidrio. Yo lo vi convertirse en una mancha oscura, bordeado por una brillante línea perimetral que contenía la forma de su cuerpo. Yo no deseaba regresar a mi antiguo cargo como jefe de la planta, opté por una vacante en la oficina de compras, en un escritorio. Un trabajo perfecto con responsabilidades atadas al horario, en la base de la pirámide, sin la carga de la producción, ni las fechas de entrega.

*Analista de compras locales no productivas*, como suele pasar, el tamaño del nombre es inversamente proporcional a su importancia. Yo aprovechaba la hora *febril*, esa de las diez de la mañana, para hacer todo mi trabajo y antes de las doce aparentaba revisar el correo electrónico mientras miraba las ondas de las horas converger en el reloj de la pared.

También observaba a mis compañeros de trabajo: los hombres se me mostraban a veces como paredes a medio acabar, el tronco de sus cuerpos como una cuadrícula gris y

rugosa. Al poco tiempo me habitué a eso, la costumbre funciona como un poderoso analgésico y casi todo dejó de molestarme o extrañarme. Excepto las imágenes de las mujeres. Al principio lo olvidaba al llegar a mi casa, pero las noches comenzaron a llenarse de visiones. Las sillas del comedor con sus espaldares largos llegaron a parecerse a esas mujeres del trabajo y la imagen de las cuatro sillas alrededor de la mesa convertían el comedor en una reunión de espectros. Por eso me encerraba en la habitación, pero entonces la ropa en el clóset también llegó a verse como fantasmas colgantes.

Recordé mi estado posterior al accidente, y no lo volvería a padecer, no sería de nuevo el esclavo de mi ojo. Por eso un día conversé con una de ellas: me le acerqué y le pregunté su opinión sobre el perfume del baño, al fin y al cabo yo lo había seleccionado, ella se rió, me dijo algo sobre su alergia a los olores fuertes y aunque el vértigo me abordaba mientras la veía, mantuve la conversación lo suficiente como para tener una excusa para sentarme a su lado en los almuerzos, para preguntar las cosas banales de siempre, para pasar a las otras menos comunes. Y en las semanas siguientes me habló de su divorcio, de una hija de seis, de su amante –un hombre casado–, además el fantasma de su antigua relación la perseguía, me describió la felicidad como un ticket de lotería al que debemos aferrarnos. Una tarde mientras trabajaba concentrada en su escritorio, vi que corría agua por el piso, el nivel subió sin que ella lo notara y llegó a cubrirle la cintura. Aunque el agua fluía, ella parecía anclada como un viejo naufragio. Y eso hizo la imagen de ella y las otras mujeres similares más densa, más pesada. Me invadió el insomnio y comí mis uñas, luego una noche hurgué la casa por los restos de licor, me ayudó a dormir, pero en las siguientes noches no bastó.

La decisión la tomé una mañana cuando vi que el agua seguía a la altura de su cintura, ella se levantó, pero el cuerpo quedó dividido. La parte superior vino hasta mí a preguntar algo. Yo asentí sin verle la cara. No podía tener esa imagen tan cerca, no puedo afirmar que viera algo horrible o espantoso, sólo que no podía entenderlo, no podía saber por qué tenía que verla desmembrada, flotando sólo con la mitad de su cuerpo. Así que bajé a la planta con una excusa cualquiera, fingí buscar a alguien y terminé en el tablero principal de energía. Ahí estrujé un cable contra mi cara.

Volví a casa unas semanas después del *accidente*. Una enfermera me acompañaría mientras aprendía a valerme con mi nuevo bastón. Tomé esta nueva etapa como un descanso.

Los visitantes se sorprendían de mi buen humor, de mi entusiasmo, ya no tenía jaquecas, ni alucinaciones, podía dormir hasta siete horas completas. Yo paseaba por la oscuridad como por un bosque tranquilo y neblinoso. Había una nueva sensación al tocar los objetos, una forma distinta de reconocerlos, los sonidos ahora tenían una textura, una leve densidad que les daba un peso.

Así aprendí a reconocer la lástima en la voz de las personas. Es un sonido grave, que fluye desde la boca del estómago y pretende levantarse, hacerse amable, pero también es siempre esquivo. Eso lo descubrí una noche cuando me visitó mi amiga del trabajo. Conversamos y ella hablaba de todo como si yo me hubiese ausentado por una gripe pasajera. Para demostrarle lo bien que me sentía en mi nueva condición le di un paseo por la casa. Llegamos a mi cuarto y le señalé cada mueble, cuando deslicé la mano por la mesa enseguida reconocí la caja de los ojos de vidrio. Para demostrarle a mi amiga lo bien que yo había tomado mi nuevo estado, abrí la caja y por puro ocio me coloqué ambos en mis cuencas vacías.

Y comprendí que todo había sucedido de la manera correcta, de alguna forma me dirigí como un pez a la carnada. Porque había un hilo fino y sedoso rodeando mi cintura, caía al piso y seguía hasta la de ella. Ahora veía con claridad, liberado de las distorsiones causadas por mi ojo dañado, mi ojo de carne, mi ojo de cíclope.

## UN PAR DE VESTIDOS

*And never mind that noise you heard  
It's just the beast under your bed,  
In your closet, in your head*

ENTER SANDMAN. METALLICA

Cuando entras en la habitación y la observas durmiendo, con la sábana a medio cuerpo, quisieras dar las gracias. Admiras su espalda blanca que acentúa el color negro de su sostén, le besas el hombro y deseas de nuevo dar las gracias.

¿Y si voltease y vieras a Yohana? Pero cuando esta chica anónima que trajiste de la fiesta de anoche da la media vuelta para besarte con su aliento a Smirnoff, y confirmas que no hay milagro, que Yohana sigue sin volver a la cama, entonces te abstienes de agradecer. La chica sonrío y espera otro beso, desea que la busques, que hundas tu lengua en su boca y la explores, como lo hacías con tu mujer.

La besas en la frente y preguntas si desea algo de tomar, ella pide agua. ¿Evian o Minalba? Preguntas. ¿Qué es Evian? Dice la chica con dulce candidez. No necesitas respuesta, no necesitas nada más, ni siquiera le pedirás que se pruebe el vestido.

Le llevas una botella de agua y luego vas a ducharte. En pleno baño la anónima entra con el teléfono. Amor, tienes una llamada, una tal Adriana. Cierras la pila, contestas.

Adriana habla de un accidente: ocurrió anoche, al salir de la fiesta, ella y Jacobo atravesaron un cruce de la Avenida Cuatricentenario y no recuerda si la luz del semáforo daba rojo o verde, avanzaron, entonces una luz y después el impacto. Adriana ni siquiera sabe el modelo del carro que los chocó, para ella los embistió un monstruo luminoso. Adriana salió con algunos golpes y rasguños, Jacobo recibió lo peor. El impacto trituró la puerta y atrapó su pierna izquierda, la fractura fue múltiple: el fémur, la tibia, un trozo de metal se incrustó en su rodilla, ligamentos desgarrados. Van a operarlo en un rato. Seguro a Jacobo le gustaría verte, dice Adriana.

Sales enseguida, le explicas la situación a la anónima. Ella entiende y se viste. Van en tu camioneta a la avenida, la dejas en un despacho de taxis, le das un par de billetes. Que todo salga bien, papi, te desea ella con un rostro de angustia solidaria. Seguro que sí, le prometes. Papi, ¿tienes mi número? Arrancas antes de que pueda decir algo más. Descubrir en esta mujer todo en lo que no se parecía a Yohana te quebró las ganas de volver a verla. Al menos limitaste la decepción al no pedirle que se probara el vestido. ¿Y si le hubiese servido? ¿Podrías revivir la silueta de Yoha, pero sin sus gestos ni su risa? ¿Te habría quedado aún esa última ansia?

Cuando Yohana se marchó algunos te dieron la espalda porque creyeron que fuiste el responsable de su partida y merecías todos los castigos, otros no te acusaron, pero igual dejaron de saludarte. Jacobo y Adriana te acompañaron sin condiciones. No evitaban el tema, pero tampoco dieron sermones condescendientes. Te confrontaron y no cuestionaron cuando empezaste a reconstruir tu vida sentimental con una desconocida tras otra. Con ese detalle recuperaste un pedazo de lo que tu esposa había devastado.

Encontraste a Adriana en una silla del pasillo. Antes de llevar a Jacobo al quirófano los médicos le explicaron el procedimiento: artroscopia, reconstrucción de los ligamentos de la rodilla, clavos para realinear los huesos. La recuperación tomaría meses. El cirujano le había dado clases a Adriana en la universidad, ella confiaba.

La operación tardará varias horas, la invitas al cafetín a conversar. Adriana pregunta por tu conquista de la fiesta. La dejé en una línea de taxis antes de venir para acá, respondiste. Ella se ríe y te llama sinvergüenza.

Comentan las promesas de eterna felicidad de los novios, el fotógrafo desesperado que desplegó su menú de poses ocurrentes, hubo una mesa de quesos holandeses y jamones españoles, pero la primera bandeja en acabarse fue una de queso llanero en cuadritos. El cronómetro siguió y se ejecutó el guion completo: vals, merengue de los ochenta, reguetón, salsa brava, whisky doce años, tequeños, el numerito del liguero con Joe Cocker al fondo, la hora loca, los antifaces, la despedida de los familiares borrachos.

Seguro sale preñada este mismo año –dijiste– y en tres se divorcian, tal vez cinco. ¿Por qué dices eso? Pregunta Adriana. Porque pusieron todo su empeño en hacer una fiesta predecible, de lejos se ve que no hay nada particular en su relación tampoco. ¿Y para qué tendrían hijos entonces? Pregunta Adriana. Para continuar con la farsa, los niños te distraen

de la convivencia, pero igual llega el día en el que dices: ¿Qué carajo hago contigo? Adriana bebe un sorbo de café y luego pregunta: ¿Así pasó con Yohana? Imagino que sí – respondiste–, nunca quisimos engañarnos con los hijos. Teníamos un acuerdo: jamás los usaríamos como excusa para prolongar lo insostenible, a un niño hay que mostrarle las puertas de la felicidad. Pero para eso ustedes debían conocerla primero, dice Adriana. Exacto, no puedes enseñar a nadie lo que desconoces. Ella baja la mirada y asiente. Parecía un buen plan.

Los padres de Jacobo se sientan junto a ustedes, hablan nimiedades por horas hasta que el cirujano llega y les informa que Jacobo se encuentra en la sala de recuperación, todo salió bien. Permaneces un rato más con Adriana, esperarás a verlo en su habitación para irte.

Los padres de Jacobo se dirigen al cuarto para alistarlo. Ustedes van a la terraza del cafetín, ya empieza la noche, hace frío. Miran las luces de la ciudad. Nosotros discutíamos en el momento del accidente, hablábamos de la fiesta, yo también imaginé que la novia saldría preñada en unos meses, pero por simple interés, para desplumar al menso del novio. Creo que a Jacobo le molestó eso, al fin y al cabo es su amigo, luego vino el choque. Ahora creo que hablar del embarazo de la novia tan a la ligera le molestó mucho más. Él, desde hace meses, me ha asomado la idea de tener un hijo, que si ya tenemos cinco años juntos, ¿cuándo vamos a formar familia?, que si la edad, todo ese cuento. Pero yo acabo de terminar el posgrado y quiero abrir mi consultorio, ya tengo el local en una clínica en las afueras, falta equiparlo, se requiere tiempo y dinero. Con un embarazo tendría que posponerlo todo. No puedo guindar mi vida en un perchero y ponérmela otra vez en unos años. Me inquieta que Jacobo pase un par de meses en la casa desocupado y vuelva sobre ese tema.

Le dices que no se preocupe, la rehabilitación absorberá todo el tiempo de Jacobo, ni siquiera pensará en esos temas. Adriana te agradece que no le salieras con el discursito de *no-hay-nada-más-bello-en-la-vida-que-dar-vida* y te da un abrazo.

Van a la habitación de Jacobo y lo ves aún atontado por la anestesia, él también te ve, levanta una mano para saludar, sus padres revolotean por la cama, le arreglan las almohadas, le preguntan si tiene sed, piden agua a la enfermera, también los horarios de los medicamentos, su padre pregunta si hace falta comprar alguno. Decides despedirte y no



estorbar. Adriana te agradece por haber venido y también por escucharla, le dices que no hay problema, siempre podrá disponer de tus servicios de hombro-escucha. Ella se ríe y acompaña la risa tocando tu hombro.

Te marchas y en la vía solitaria del domingo conectas el iPod y se activa en la última pieza: *Seek and Destroy* de METALLICA, no, demasiado duro para el momento, mueves el dial del aparato, cae en la carpeta de JEFFERSON AIRPLANE, encuentras una canción con el ánimo del momento, *you better find somebody to love* dice un verso desde los parlantes. Y las luces ocre de los postes de la avenida parecen repetirlo. Después de Yoha creíste que te habían talado la capacidad de amar e inventaste el carrusel de aventuras para comprobar si en tu alma sólo quedaba un muñón seco. Pero tu conversación con Adriana te devolvió un entusiasmo perdido, el mismo que buscabas en las noches con mujeres anónimas.

Por eso vas apresurado a la clínica al día siguiente y llevas unos dulces para Jacobo. Conversas con él, te habla del accidente, del dolor en la pierna, la operación y los clavos de titanio, ahora debe esperar a que suelden los huesos, después la rehabilitación, seis a nueve meses para todo el proceso. Le preocupa el trabajo, aunque ya le dijeron que no habrá problemas, ellos harán el papeleo en el seguro social y su sueldo se depositará intacto. Él había trabajado por un cargo en la gerencia de proyectos, se convirtió en el candidato seguro, su jefe le prometió que el puesto lo esperaba. Terminamos el diseño para las primeras torres. Va a ser el batacazo de la construcción. Mi idea, mi proyecto y cuando sólo faltan unos permisos para empezar a construir me sucede esta vaina. ¿Cómo puede uno creer en Dios cuando pasa esto?

Le pides que se calme, primero debe reponerse, el cargo seguirá ahí cuando regrese, el jefe le dio su palabra (aunque ni tú mismo lo crees, ya deben haber elegido a su reemplazo). En cuanto a lo de Dios, no puedes darle respuestas, después de lo de Yoha te diste cuenta de que tal vez Dios observa, pero no entiende o no le importa nada, aunque no puedes soltarle eso a una persona que no puede caminar y quizás no vuelva a hacerlo con normalidad por un buen tiempo. Concluyes diciendo que aproveche el reposo y tome un curso en línea, un diplomado, el cerebro también es un músculo y hay que ejercitarlo.

Al tercer día Jacobo confiesa otra preocupación: vienen varios meses difíciles, desde hace tiempo él sentía a Adriana lejana, desdibujada. Yo quiero hijos, mi familia me pide los nietos, también mi suegro, pero más allá de eso sueño con ese pequeño, más bien una

pequeña que pueda cargar, abrazar, jugar, enseñarle a andar en bicicleta, curarle los raspones, mostrarle que no hay monstruos debajo de la cama. Sin embargo, Adriana sólo piensa en su trabajo, casi ni habla con su padre, me preocupa que sea distante con los niños también. ¿Podrías conversar con ella? Yo sé que en este momento no andas entusiasmado con la idea de la familia, pero si lo escucha de otra persona a lo mejor lo entiende.

¿Le has dicho estas cosas? Preguntaste. Sí, claro, pero Adriana sólo piensa en las horas de sueño que va a perder, en lo doloroso del parto, en su figura y en el atraso para arrancar su consultorio, pero al matrimonio deben llegar los muchachos que se emocionan por los juguetes en Navidad, los nietos. Aunque no deseo una manada de hijos como mi abuelo, dos o tres, no más. Quizás si lo oye de otra persona lo reconsidere.

Le sigues la corriente, prometes que le hablarás a Adriana del proyecto familiar, como cuando hacías la *segunda* a tus amigos en el liceo y contabas a las chicas las innumerables virtudes de cada uno de ellos. Buscarás el tiempo para conversar con Adriana, pero no lo usarás para eso, sólo quieres indagar un poco más, quieres saber si le quedará el vestido. Porque ya te libraste de toda culpa al rodar en tu cabeza la película de Jacobo y a Adriana, ya conoces este guion ya sabes el desenlace. La recuperación de Jacobo les dará un años más, quizás dos, no más.

Las visitas continúan con regularidad después del alta de Jacobo, contactas a Adriana, hablan un poco más cada día, comparten mensajes, chistes por la red, siembras tu presencia como un tigre que se confunde con la maleza hasta hacerse parte del paisaje. Ese proceso toma meses, no es fácil mantener la atención tanto tiempo sobre la misma presa por lo que te distrajiste y casi sales del coto de cacería.

Ocurrió en un banco, esperabas el turno para hacer un depósito cuando la escuchaste. Dijo algo como: apenas termine aquí vuelvo a la oficina. El sonido, el timbre de la voz, con la misma gravedad difusa de la de Yoha te hizo levantar las orejas como un pastor alemán. Ella continuó: le reenvío el correo apenas llegue, lo tengo en mi buzón, pero es que no llevo la laptop. Las palabras pasaron por un filtro extraño, las convertiste en: ven por mí y déjame que te arrulle con mi voz, cantaré a tus heridas, convertiré tu dolor en una serena alegría. Y saltaste a su lado con tu celular.

Si es muy importante puedes usar mi teléfono. Ella se sorprendió, esperaba alguna trampa, insististe, estiraste el brazo con el aparato y la manga de tu camisa se corrió y dejó

al descubierto tu reloj de lujo. Ella te miró embutido en tu traje y aceptó el ofrecimiento, usó el celular y envió un correo electrónico. Te agradeció el gesto, le dijiste que no había problema, luego vino la conversación ligera que aprovechaste para invitarle un café al salir del banco, ella no podía, pero accedió para el día siguiente, te dio su número. Te quedaste embelesado todo el rato con su voz, mientras más la escuchabas más se parecía a la de Yoha: hallaste el mismo flujo de palabras en el que se mezclaban los tonos como un río de aguas templadas.

Vino el café y la posterior invitación al cine y a cenar, luego a bailar, ella comenzó a enviarte mensajes texto para darte los buenos días y tú la llamabas para escucharla, en la ausencia de su cuerpo cerrabas los ojos y sentías la restitución de Yoha a través de las ondas en el aire. Te gustaba poner el altavoz y dejar que sus palabras flotaran por la habitación y frases simples como *hoy tengo que ir al odontólogo* o *voy a comprar jabón*, se convertían en caricias revividas, como si las llevaras dormidas contigo y ese sonido las hiciera desplazarse por tu cuerpo como una serpiente.

Las palabras de Adriana no activaban eso, y dudaste de continuar con el plan, lo inconveniente de intervenir en esa relación, y luego la amistad de Jacobo. Pero Adriana movía algo más profundo, oscuro, desconocido y no podías desistir hasta encontrar esa palanca, por ello decidiste alejarte y no avivar brasas que a la larga los consumiría.

Saliste varias veces con la Voz, continuaste el cortejo, luego vino el fin de semana en tu apartamento, prepararon pasta y ensalada, después al sofá, apoyaste la cabeza en su regazo, desde tu teléfono activaste el equipo de sonido de la sala, escogiste María Rivas. *Hablaré catalán/porque quiero decir en tu idioma/montones de cosas*, ¿cuántas veces escuchaste esa canción con Yoha?, ella hablaba tu idioma y deseabas con desespero que la Voz lo hiciera también.

Llegaron a la cama y al compás del piano, te envolviste en un trío sonoro con los gemidos de la Voz y el canto de la Rivas. En la oscuridad encontraste, por un momento, un pliegue de la serpiente que te recorría y pensabas que debajo de uno de ellos se ocultaba Yoha. Volviste en ti después del segundo orgasmo, descansaban, el disco había terminado y quisiste adelantar las cosas, salir de dudas. Encendiste la luz y le dijiste que le tenías un presente.

Sacaste el vestido de su funda plástica y se lo mostraste, le encantó, te dijo que se lo probaría en la mañana, le pediste que te lo modelara enseguida, sólo para verificar la talla. Ella accedió al juego si prometías quitárselo de nuevo. Se lo puso. Caminó por la habitación. Te preguntó si no tenías los zapatos también y se rio. ¿Cómo me veo?

Cumpliste tu promesa, se lo quitaste, lo guardaste en su funda, te acostaste, quizás con el sueño podrías superar la decepción, ella te abrazó, puso sus senos contra tu espalda, deseaba otra sesión, tomó el teléfono y volvió a sonar María Rivas. Ella se sabía una pieza, quiso cantarla en tu oído, pero ahora todo sonaba a distorsión y chirrido. Te volteaste y miraste su cuello, redondo, terso, lo acariciaste, lo rodeaste con la mano, lo apretaste, un poco más, un poco más, ella tosió, aflojaste. Te dijo que no le gustaban los juegos de asfixia. Pero son mis favoritos. No cuentes conmigo para eso, y se dio media vuelta para dormir.

No intentaste persuadirla ni disculparte, fuiste a la sala, encendiste el Bluray y buscaste videos en Youtube, te quedaste con los de METALLICA, buscaste *Enter Sandman*, lo oíste una vez más y dejaste que te embriagarán. *It's just the beast under your bed*. Una vez practicado el exorcismo volviste al cuarto a dormir, pero antes de eso admiraste una vez más el cuello de la Voz, lo acariciaste y ella movió el hombro como si se sacudiera una alimaña. Diste media vuelta y cerraste los ojos. A la mañana siguiente se despertaron temprano, ella te dio una excusa para irse enseguida. No volviste a saber de ella.

Mientras ocurría ese affaire, Jacobo permanecía en su casa solo, excepto por el par de horas que lo visitaba la fisioterapeuta. Le angustiaba su trabajo, la empresa asignó el proyecto de Jacobo a otra persona, lo llamaban una que otra vez para aclarar dudas sobre el diseño, él dijo que podía trabajar desde casa y enviar los planos modificados por correo electrónico. Eso lo mantuvo entretenido una semana, luego miraba la luz del sol proyectándose sobre las aristas de los muebles y los pasillos, aprendió a reconocer las horas por la posición de las sombras, cuando se aburrió de su discoteca personal pasó a la radio hasta aprenderse los comerciales de memoria, no volvió a encenderla, un silencio adiposo parecía derretirse sobre las paredes. Jacobo habituado al ruido del tráfico, de la oficina, de los chismes de pasillo, a veces llamaba a la oficina para enterarse de cómo avanzaba el proyecto, luego, apenas para conocer las minucias del café de la tarde. A los días todos se hallaban muy ocupados para atenderle o responder sus correos y sintió cómo el trabajo se le

escapaba de las manos, vaticinaba al menos cinco años condenado a su cargo actual hasta que apareciera otra oportunidad y para ese momento ya pasaría de los cuarenta, demasiado tarde para aspirar a su primera gerencia. Además, la rodilla no mostraba mejorías. Un eco sordo empezaba a aturdirlo, le decía que había perdido el autobús de su carrera profesional. Adriana llegaba en la noche, agotada del consultorio y le tocaba lidiar con el mal humor de Jacobo, ella lo escuchaba, él a veces lloraba, otras gritaba como deseando recuperar el ruido que había perdido durante el día.

Incluso a ti se te hizo difícil visitarlos. La hostilidad entre ellos te irritaba la garganta como el humo de un escape. Dedujiste que llevaban meses durmiendo espalda contra espalda. Cualquiera podía enloquecer sin sexo, tú al menos tuviste a la Voz, y otras más, pero ellos no podían recurrir a más nadie, permanecían sin desahogos, como dos tigres hambrientos y enjaulados.

Esta noche decides irte al poco rato porque el numerito de los insultos velados te agota. Miras el reloj, dices algo sobre otro compromiso y te levantas. Adriana te acompaña hasta el ascensor y marca con la llave el botón de la planta baja, pero esta vez entra contigo. Mientras descenden te pide disculpas. No hay problema, le dices. Entonces ella quiere saber si en verdad tienes otro compromiso. Quiero tomarme un café, dijo. Por supuesto, la acompaña. Van a una panadería cercana y piden dos marrones grandes. Primero hablan de lo bueno del café, del trabajo, un poco del país, de los amigos que emigraron, del frío en Canadá. Silencio.

Las cosas se han puesto difíciles entre ustedes. Sí, entre su mal humor y mi cansancio sólo hay peleas. A veces me arrepiento de discutir con un lisiado, pero me pone al borde con la quejadera por su trabajo. Jacobo sólo está preocupado por su futuro. El futuro, su futuro, nuestro futuro, esa palabrita me sabe a gotas para la indigestión. ¿Sabes qué le angustia del futuro? Los hijos. Él se pregunta ¿cómo los vamos a mantener? Y dice que si se queda estancado en su cargo no nos va a alcanzar el dinero, porque con su sueldo actual yo no podría quedarme en casa con los niños. ¿Te imaginas eso? Así se ve mi futuro según Jacobo, teteros y pañales para mí, mientras él huye tempranito cada día para su oficina.

Él no quiere hijos, en realidad quiere grilletes para encadenarte en el apartamento, para mantenerte ocupada. Disparaste, por fin, a quemarropa. Así parece, mantenerme

ocupada con muchachos está bien para él, pero le molesta que a las siete y media de la noche aún pase la consulta. ¿Cuándo supiste que lo tuyo con Yohana había terminado?

Me enteré cuando llegué una tarde del trabajo y vi el clóset: sólo había un par de vestidos. Pensé en un robo, pero mis cosas seguían ahí. Me senté a esperarla esa noche. No llegó. Llamé varias veces a su teléfono y nada. Tampoco volvió a su trabajo. Llamé a la policía y días después confirmaron que sellaron su pasaporte en la salida del aeropuerto. Misterio resuelto. Yo lo sabía desde el momento que abrí el clóset, pero necesitaba la evidencia. No lo vi venir, pero lo de ustedes sí lo veo venir. Y tu mano repta hábilmente hasta la suya, sabes que esa es la señal definitiva. Adriana no te corresponde tomándola, pero tampoco la aparta.

Ahora cruzas esa puerta cada semana, como buscando el jardín en el que dejaste la planta que ahora crece dentro de Adriana. Los encuentros son almuerzos rápidos al mediodía, otras veces en la tarde en algún café. Después un par de tragos en un restaurancito oculto, así, sin siquiera un beso aún, han tejido una malla cómplice. También llegaron las mentiras inocentes a Jacobo para escaparse un rato antes y llegar un rato después. Tú no tienes prisa en verdad. Adriana te da la serenidad que perdiste con Yoha. Ella también se ve alegre y ya no le causa ningún estrago el mal humor de Jacobo, quien también ha empezado a mejorar y cambió las muletas por un bastón.

Hace rato dejaste de escuchar METALLICA, tampoco has vuelto a la gravedad envolvente de la Rivas, esa voz, esas canciones pertenecen a Yoha, estás haciendo una transición. LED ZEPPELIN te ayuda por el momento. *Since I've been loving you* es el soundtrack cuando vas a ver a Adriana. La parquedad del blues estimula de nuevo a la serpiente, pero no es igual a la que te recorría con la Voz, esta es una boa que te atrapa, te aprieta, en lugar de asfixiarte te exprime y sale un jugo negro y espeso de tu mente, como el pus de una herida infectada. ¿Por qué sucede eso? Robert Plant responde con un aullido: *Cause I love you, baby, How I love you, darling, How I love you, baby*. Esa sería una buena razón, pero aún es muy pronto para soltar algo así.

Creíste que los primeros besos vendrían cuando su relación con Jacobo iniciara la cuesta abajo, pero ocurrió todo lo contrario. Jacobo regresó a la oficina, Adriana lo llevaba cada mañana y él, aún con el bastón, se bajaba muy entusiasmado a reencontrarse con su proyecto. En efecto, lo habían dejado de lado, pero pudo integrarse a algunas tareas.

Adriana también lo recogía la primera semana, pero luego Jacobo pidió regresar en un taxi. El horario de diez y doce horas en el que se sumergió parecía llenarlo de energía y entusiasmo. Ella también se contagió de esa alegría, quizás por eso pudo besarte apenas después de la primera copa en uno de los encuentros. Esa noche Adriana no tuvo que inventar ninguna excusa para verte, también porque el tema de los hijos había desaparecido y una incipiente vida sexual comenzaba a reaparecer.

Quizás eso prolongó besos más profundos, más indiscretos. El camino hasta tu apartamento se inició en la camioneta, en el estacionamiento de los restaurantes en donde las sesiones de besos y caricias aún no son reprochables, pero en encuentros posteriores tuviste que llevar el vehículo a sitios más discretos, a callejones con poca luz, debajo de árboles frondosos, y así pasaron los días acercándose a tu sala.

Algunas semanas después, un sábado en el que Jacobo trabaja, entran y aterrizan en el sofá inmenso de la sala en plena tarde. Se besan, se frotan y acarician, se van desnudando a medida que sus bocas exploran los volúmenes de sus cuerpos y mientras el espacio de la piel aumenta parece que el del mueble se encoge. Adriana te pide ir a la habitación cuando ya has escarbado sus labios y sus senos. Ella te toma de la mano y caminan dando tumbos con los restos de la ropa entre las piernas hasta el cuarto.

El acto sucedió sin actuaciones apasionadas ni éxtasis orgásmicos, no necesitas de la música apropiada, no recuerdas ninguna que refleje el ánimo de la tarde, este es un momento nuevo para ti. En un descanso te levantas a buscar agua y galletas, Adriana prefiere la Evian sin gas, y mientras ella bebe, tú exploras la lista de reproducción de tu iPod y te tropiezas con Gustavo Cerati, te decides por *Puente*, la guitarra sinuosa se cuela entre sus cuerpos acostados en la cama.

Adriana se recuesta en tu pecho. El resto de la tarde continúa con sexo y breves lapsos de hidratación. Propones pedir algo para comer, ella dice que no puede quedarse, ya casi son las seis de la tarde, Jacobo ya debe venir de regreso. Lo entiendes y la invitas a ducharse, ella se baña, tú recoges sus cosas regadas entre la sala y la habitación, las colocas sobre la cama, ella te agradece el gesto y comienza a vestirse. La próxima vez tendré algo listo en la cocina, dices. Ella se queda callada. ¿Qué tal comida china? No habrá próxima vez, responde, hasta aquí llega nuestro viaje. Me ayudaste mucho, pero ambos sabemos que esto es todo. Esta es una tregua hasta que Jacobo sospeche, lo hará cuando se le pase el

entusiasmo en su trabajo. Ella toma tu rostro y te dice: lo siento, me llevo esta hermosa tarde, nuestras conversaciones placenteras, sobre todo tu ausencia de juicios, de planes, de promesas de felicidad.

Guardas silencio, no tienes la mínima intención de convencerla de lo contrario. Le pides antes que se marche una última cosa. Una locura, pero si puedes complacerme, por favor. Ella accede, tú vas al clóset y tomas un vestido, lo colocas en la cama y le ruegas que se lo ponga y camine, sólo por unos minutos, para ti.

Adriana se lo prueba y tal como esperabas le queda perfecto. Ella se ríe del juego, participa, desfila para ti, lo disfrutas desde tu tristeza. Ella lo nota, se acerca, te repite lo de la imposibilidad de continuar, se sienta a tu lado en la cama. Te acuestas y ella te sigue, le acaricias el rostro y miras su cuello. Adriana continúa hablando pero ya no entiendes lo que te dice, tal vez trata de consolarte, pero en tu cabeza escuchas otra cosa. Tocas con la punta de los dedos su cuello breve, por eso ella no lo nota, luego tu mano abarca toda la circunferencia. Luego aprietas mientras en tu cabeza se repite: *it's just the beast under your bed, it's just the beast, the beast, it's just...*

Adriana tarda en responder, su pelea es leve, no lo cree –yo tampoco lo creí– y por eso no reacciona. Adriana se queda con una mirada vidriosa y sorprendida. En la mía hubo tristeza. Y ahora reaccionas tú. Ves el cuello rojizo, la cara amoratada, ¿qué hacer? Subes el cuerpo a tu hombro y bajas por el ascensor hasta tu camioneta.

Tal y como lo hiciste conmigo esa tarde, no entiendes cómo pudo repetirse: la misma partida, los mismos agradecimientos, pero al final sólo un adiós. Tú sabías que ya no teníamos nada, sé que me trajiste esos vestidos como una ofrenda de paz, pero como te dijo Adriana; apenas alcanzaba para una tregua. Yo me agoté de esa pequeña guerra de cada día, no pude aceptar los vestidos y tú no pudiste aceptar mi partida y me agarraste por el cuello tan fuerte como pudiste.

Ahora que llevas el cuerpo de Adriana en la camioneta ¿qué harás? ¿Volverás a detenerte en algún lugar solitario a esperar la noche? ¿Buscarás otro lugar oscuro en la autopista con la maleza alta? ¿Bañarás el cuerpo de Adriana en gasolina también? ¿Te quedarás a su lado mientras se quema el cuerpo y susurrarás su nombre como una plegaria? ¿Lo recuerdas? Decías: Yohana, Yohana, Yoha. Pero esta vez no dispones del pasaporte de



Adriana, ni del contacto en el aeropuerto que selló la salida en el mío sin preguntar nada frente al fajo de billetes.

Cuando enfilas a la autopista piensas todo eso y te das cuenta del error. El auto de Adriana aún se encuentra en el estacionamiento del edificio, alguien te habrá visto. Quizás Adriana aún respira. Das la vuelta y te diriges al hospital. Llegas a la emergencia y los camilleros te asisten enseguida, se la llevan. Te piden que pases para tomar los datos de la paciente. Muevo el carro y vengo, dices. Pero regresas al apartamento, recoges algunas cosas, tu pasaporte, efectivo y te largas al aeropuerto. Veo tu camioneta diluyéndose en el inicio de la noche con otros automóviles. Entre las cosas que recogiste llevas mi otro vestido.

## EL OTRO DOMINGO

Cuando me levantaba temprano un domingo, el día podía transcurrir al mismo ritmo de la neblina que a veces resbala desde del Ávila. Si abría los ojos después de las once entonces pasaba como un parpadeo del calendario. En cualquiera de los dos casos, la pila de libros por leer seguirá esperando, la gotera de la ducha tendrá otra semana de vida y el polvo sobre los muebles ganará su día de descanso. Aunque los centros comerciales, los cines, los estadios, los amigos griten porque es imperioso salir y *hacer algo*, yo prefiero rebelarme.

Por tanto elijo apenas salir del cuarto a la cocina, ordenar una pizza, ver las series del cable. Esa elección representa el cambio más importante de mi rutina desde que me separé de Roxana. Con ella el séptimo día empezaba temprano al buscar el periódico y leer los titulares desayunando, luego hacía un quesillo para llevárselo a la abuela enferma, conseguía un regalo para el bebé recién nacido de un compañero de trabajo, la jornada podía culminar con un paseo a un parque o a un centro comercial, en fin, otro día marcado por el compás de un reloj al que se debe vencer. Y si bien no había nada terrible en eso –ni siquiera lo veo como el motivo real de nuestra separación– ahora siento cada domingo como una victoria sobre las decisiones que otros hacen sobre mi tiempo.

¿Cómo sería el día de hoy? Necesitaba ver la hora primero, pero cuando busqué el reloj frente a la cama no lo vi, tampoco encontré la pared donde lo había colgado. La cama se sentía diferente, percibí el aire frío que bajaba desde una consola adosada en la pared. Entendí que no desperté en mi cuarto, en el mío hay un ventilador con aspas polvorientas que se atasca cuando intenta completar su giro, además, el techo no tiene esas estrellitas fosforescentes ni hay este olor a perfume, ni almohadas esponjosas. Me incorporé por completo, por las sábanas revueltas deduje que alguien había dormido a mi lado. Sentí bajo los pies una alfombra tersa y delicada, caminé hasta el baño: una pieza impecable de

cerámica azul y blanca, el sanitario y el lavamanos de un azul oscuro contrastaban con las toallas blancas para las manos en la pared. Un perfume diferente al de la habitación se desprendía de una vela encendida sobre una repisa. Levanté la tapa del sanitario y oriné, a veces el sonido del chorro en el agua me ayuda a ordenar la noche anterior: sé que había bebido en un barcito en la California Norte, pero no lo suficiente como para no recordar nada más, luego llegué a mi apartamento, me acosté con la ropa puesta. ¿Qué pasó después?

Me toqué la cara y no sentí mi barba del domingo por la mañana, me acerqué al espejo y las cosas empezaron a encajar: el hombre en el espejo no era yo. Vi un rostro maduro, con canas a los costados, piel un poco flácida en el abdomen, sin embargo, podía sentir los músculos debajo, los bíceps muy bien conservados, en la cara tenía ligeros cañones, ojos castaños con los globos perfectamente blancos, en los míos se ven las marcas de una red rojiza debido a la hipertensión.

Seguí examinándome hasta que oí la voz de una mujer al otro lado de la puerta: ¿Amor, quieres café?, preguntó ella, me cubrí con una toalla y salí. Roxana recogía las sábanas, las tiró al piso y sobre ellas otras piezas de ropa. Engordó un poco, llevaba el cabello corto, pero con la energía de siempre. ¿Roxana? Ella volteó y me sonrió, envolvió todo dentro de la sábana y llegó a la puerta del cuarto. ¿Vas a querer café negro o con leche? Negro. Respondí tratando de recoger el eco de mi nueva voz.

No pude caminar con la misma soltura de hace unos minutos. Me reacomodé en el cuerpo como si me ajustara unos pantalones nuevos. Hundí mis pies en la alfombra, escuché un leve crujido de tela, sentí los mínimos hilos rozar los costados, di varios pasos y así salí de la habitación. La sensación cambió con las baldosas impecables del pasillo, creo que hasta podía sentir la breve película de cloro aún en ellas. Del pasillo di a una pequeña antesala, un mueble con televisor y un videojuego conectado, varios juguetes regados por el piso, había niños.

Roxana debe ser muy feliz por eso, con cuánto anhelo lo intentamos, lo veíamos como un paso lógico en nuestra relación. Ya habíamos probado el sexo con todo lo que la imaginación nos dio y lo dejamos sólo para los martes y sábados, después hicimos algunos viajes; también le seguí la corriente con proyectos en pareja (jardinería, pintura sobre yeso, cocinar comida china), conocimos las manías de cada uno y luego nos parecieron aburridas,

fuimos a fiestas, nos encontramos por enésima vez con los mismos amigos, varios de éstos ya no podían vernos porque estaban ocupados con sus bebés, finalmente se nos acabó la gasolina de las conversaciones.

Por eso lo intentamos con ahínco, esperando que un bebé nos devolviera el aliento para seguir cada mañana. Pero después de varios meses sin resultados empezamos a dudar de nuestro rol como pareja: si no llegaban los hijos entonces no conformábamos una familia verdadera, no pertenecíamos a la sociedad ni íbamos a cumplir con nuestra misión vital. Nos convertimos en dos usurpadores de un apartamento de tres habitaciones, que robaban el espacio necesario para que pequeñas criaturas tuviesen también la aventura de vivir. La cuenta regresiva de la ruptura vino con la última visita al médico: Sus espermatozoides no se mueven, no agitan la cola... dijo el doctor. Claro, seguro ya vienen muertos como todo lo que sale de él. Diagnosticó Roxana. Esa frase desmenuzó nuestro contrato matrimonial; las peleas posteriores, mi nueva costumbre de domingo de beber y ver béisbol, vinieron como complemento, cada quien pudo tomar su camino al salir de ese consultorio, ya no quedaba en verdad nada por hacer, pero en ese momento no lo sabíamos, necesitamos casi un año para engendrar la única cosa que salió de los dos: Ya hablé con mi abogado, podemos divorciarnos en un año, pero tenemos que separarnos ya, dije. Luego recogí mis cosas, salí y no la vi más hasta que firmamos los papeles. Alguien me comentó que ella se marchó a Valencia, yo seguí en Caracas, en un apartamento tipo clóset, con la firme decisión de no volver a casarme. Esos son los lujos que te das a los treinta y pico, a los cuarenta y pico esas decisiones son en realidad una carga que llevas por costumbre.

Se enfría el café, dijo Roxana desde algún lugar, pasé por la amplia sala-comedor con ventanal y vista a un cerro que no se parecía al Ávila. Los muebles se veían antiguos pero muy bien conservados, seguro un proyecto de Roxana. Oí el metal de ollas y un chorro abierto, llegué a la cocina y la miré de nuevo: colocaba las sábanas sucias en la lavadora. Me quedé bajo el marco de la puerta. ¿Qué haces ahí? Tómate el café. Ya van a ser las ocho. Todavía llevaba al mundo a través de sus órdenes, en verdad ni me molesta eso ahora, muy diferente a nuestro último año en el que cada palabra me sonaba a un comando preciso que debía seguirse al pie de la letra y el cual jamás podía satisfacer a cabalidad, a cada reclamo por mis órdenes mal cumplidas le siguió una sensación de fastidio, de película repetida. Luego dejé de escucharla, sobre todo en domingo.

Me senté y tomé una taza grande, de un azul oscuro y con el emblema de las Naciones Unidas, al menos este tipo ha hecho viajes más interesantes que los míos. Yo no concebía ir más allá de Todasana o Higuerote. Una vez me convenció para ir a Choroní, y dije que se parecía Higuerote, pero sin las comodidades de allá.

Tomé la cucharilla y coloqué una de azúcar, cuando me disponía a servir la segunda alcé la mirada hacia Roxana, ella veía el tarrito, podría asegurar que el labio le temblaba, si la conozco bien, va a soltar una *sugerencia* para que no añada otra cucharada. Ahora me sorprende cómo podía decir todas las mañana exactamente lo mismo sobre los peligros de la glucosa y yo ignorarla. Pero no deseo volver a ese episodio, así que dejé el cubierto al lado del tarro y me tomé el segundo sorbo. Ella vuelve la cabeza y vierte el detergente en la lavadora. ¿Y eso que le pusiste azúcar?, no me salvé de la alcabala. No lo sé. Sólo me provocó. Bebí otro poco, hace años que no probaba un café casero, lo degusté con más calma, me impregné de su aroma, cerré los ojos un momento y pensé que al despertarme extrañaría este sabor.

¿Te sientes mal?, preguntó ella. La verdad me siento bastante bien aunque no me encuentro en mi cuerpo, pero eso sería difícil explicarlo, inclusive para mí mismo. Estoy bien. Sólo disfrutaba del café... Es que le pusiste azúcar así, de repente. Y estás callado, te pones así cuando te va a dar la gripe. Me reí y luego le pregunté: ¿Y es tan raro que endulce el café? Ella cerró la tapa de la lavadora e inició el equipo, caminó hasta la alacena, tomó la leche en polvo y lo mezcló con café en el vaso de la licuadora. No, pero siempre tienes un motivo para todo. Me explicas los mínimos detalles de tus decisiones, incluso las más pequeñas. Como la vez que sacaste la tele del cuarto. Me dijiste que si pescabas algo bueno podías desvelarte sin darte cuenta.

¿Y tu ex no te hablaba de esas cosas? Solté la pregunta para divertirme, quería saber qué tanto me odiaba. No. Él no explicaba las pequeñas cosas. Tampoco las importantes, él era como una piedra. Especialmente los domingos. Roxana enciende la licuadora y el ruido del aparato enmudece el lugar.

Me dirigí a la sala, miré los robots y dinosaurios regados en el piso. Vi en las mesitas las fotos familiares, hay varias, estamos en todas ellas, en una sola aparecemos con el niño. Es un chico de unos siete u ocho años, se parece a mí, es decir, a él.

¿Dónde está el niño? Pregunté al cesar la licuadora. Pues, en la casa de su mamá... Se lo llevó ayer. Olvidé decírtelo. Asentí con la cabeza, Roxana venía desde la cocina con una taza, tomó un sorbo, le quedó un bigote cremoso, me abrazó y me miró sonriendo. ¿No me ayudas con mi bigote? Aún recordaba sus abrazos, desde antes de separarnos habíamos perdido eso. Llevé mis manos a su espalda y la besé, el sabor cremoso se mezcló con el de su piel y su aliento. Hace tanto que no sentía un beso como éste; cálido, juguetón, deseoso, tan distinto a los besos falsos de burdel o los obligados de encuentros casuales y efímeros, besos desangelados que se les notan las costuras, besos borrachos, sin rumbo, entumecidos.

Se escuchó un silbido electrónico y Roxana se separó, tenía otra mirada. Ya vengo, es la lavadora, salió disparada a la cocina. Seguro reconoció mis labios de piedra como ella misma me acababa de calificar, tal vez me reclame por usurpar a su marido. Caminé hasta la ventana de la sala, así supe que no nos encontrábamos en Caracas. A lo lejos se veía un cerro enorme muy diferente al Ávila, extenso, pero mucho más bajo, tenía un follaje de pinos. Roxana quería salir de Caracas, había llegado desde Valencia a estudiar y se quedó trabajando, luego me conoció e hicimos nuestra vida allá. Muchas veces me dijo que nos mudáramos a Valencia, donde el tráfico y el hampa eran menos pesados. Me oponía alegando que ningún trabajo nos pagaría igual que en Caracas, pero en realidad me negaba para no sentirme nariceado, creía que así tenía al menos un leve control de nuestras vidas.

Voy a sacar la ropa, luego a bañarme y vestirme. ¿Ya te bañaste? Me preguntó. No, aún no. Tenemos que apurarnos, a las diez empieza el concierto. Debí imaginar que sería un domingo de pavadas culturales. Una vez me llevó al ballet. Al menos tuve un sueño placentero.

Roxana entró al baño. Yo caminé hasta el closet y miré la ropa colgando: chaquetas, pantalones de tela, algunos trajes, muchas corbatas, varios pares de jeans, muchas camisas de mangas cortas y algunas guayaberas. Ocho pares de zapatos, yo jamás tuve más de tres: los de diario, los deportivos y los de vestir. El tipo parece un ejecutivo de esos que huelen a triunfo, de los éxitos que yo nunca alcancé, pero que Roxana deseaba para mí porque yo tenía tanto potencial, me merecía siempre algo mejor, pero apenas aspiraba a disponer de mis días libres. Quizás yo había llegado a mi cúspide, pero ella necesitaba más. Ahora Roxana parece feliz.

Tal vez el propósito de todo este sueño se reduce a conocer su bienestar, su progreso en contraste con el atasco de mi vida. Podría ser hasta un acto de brujería de su parte para que me enterase de todo el asunto, una especie de venganza. Abrió la ducha. Si esto es cierto, entonces voy a gozar del espectáculo.

Me quité la ropa. En nuestros últimos meses juntos ella se duchaba con el seguro puesto, con el mismo pudor de hermanos que comparten el baño. Caminé hasta la regadera y abrí la puerta, Roxana se afeitaba las piernas, me miró sin sorpresa y se sonrió. Buena idea, así ahorramos tiempo. Dijo y se hizo a un lado para que yo pudiera meterme bajo el chorro. Me coloqué frente a ella y el agua tibia bajó por mi espalda, moví la cabeza y dejé que fluyera el líquido por mis cabellos y el frente de mi cuerpo. Roxana me enjabonó el pecho, yo la tomé por los hombros y la acerqué a mí, la besé. Mi reflejo condicionado esperaba que me echara hacia atrás, alegrara lo tarde que se hacía, que no íbamos a llegar al concierto, pero ella me besó también, pegó sus pechos contra el mío y sin ninguna prisa probó mi boca. Esta vez el sabor de la suya se mezclaba con el agua, haciendo sus labios más suaves, más resbalosos y yo hacía equilibrio en ellos para no quebrar el instante.

Ni siquiera cerramos la ducha cuando nos dirigimos a la cama, el sonido del agua en el fondo de la habitación se multiplicaba en un eco grave y profundo, como si nos refugiáramos de un monzón en una cueva de la selva. Me pidió que la tomara por las caderas, que me pusiera arriba y luego debajo; esa posición siempre le dio vergüenza, pero eso había quedado atrás. Roxana me montó con la soltura y la pericia de un jinete que ya conoce los vericuetos de la pista, sabía aguantarse en las curvas, mantener el galope, bajar el ritmo para demorar la explosión y sostener ese cosquilleo como las sopranos que mantienen una nota aguda hasta quebrar la copa.

Roxana se posó sobre mi pecho, con su respiración aún agitada y su cabeza quedó frente a mi cara. Me llegaba el aroma de su cabello, un olor semejante –¿o igual?– al que tenía la última vez que estuvimos tan cerca. Perdimos esa costumbre cuando empecé a arrimarla sin mayor trámite. Ahora entiendo por qué le avergonzaba ponerse arriba de mí. No era una simple pacatería, le apenaba que la moviese como un cachivache, que la desechara tras cada *acto de amor*.

Nos dieron las nueve y quince, a las diez comenzaba el concierto, pero eso no la inquietó. Me podría quedar aquí toda la semana..., dije con los ojos cerrados. Recuerdo que

no podíamos pasar juntos más de una hora, por eso atravesaba todos los paseos de domingo, tantas visitas a los conocidos, los cursos de repostería, las ansias por los hijos. Todo eso para tender los puentes entre los dos o para construir los refugios particulares donde podríamos habitar sin matarnos uno al otro. Yo encontré al beisbol y la cerveza, ella no encontró a los hijos. Roxana no pudo armar las fortalezas del domingo, no había un bunker donde esconderse. Levántate que vamos tarde. Dijo Roxana.

Salimos al concierto, le pedí que manejara. Cuando recorrimos la avenida reconocí la ciudad: Valencia, sin duda. Llegamos al Parque Peñalver de que me burlaba hace años porque lo atravesaba un ríoapestoso y no se parecía al Parque del Este de Caracas. El río seguía ahí, ya no olía mal o tal vez ni siquiera me importaba. El concierto empezó con media hora de retraso, nos sentamos en la grama y ella se puso entre mis piernas, de nuevo el aroma de su cabello me inundó, dos horas después estábamos en un pequeño restaurante italiano, comimos, luego caminamos por la avenida Bolívar, pasamos por un video club y rentamos un par de comedias románticas. Volvimos al apartamento, vimos las películas, hasta me reí de ellas.

Cuando llegó la noche Roxana quiso preparar algo para cenar, yo volví a la ventana de la sala a mirar el cerro inmenso que había visto antes. Vi unas luces que se movían entre el follaje, rústicos bajaban la cuesta como luciérnagas gigantes. Sonó el intercomunicador en la sala. Yo contesto. Y pulsé el botón.

Buenas noches. Dije. ¿Quién eres? Preguntó una voz. ¿Con quién desea hablar? Quiero hablar contigo... Entonces reconocí en la voz metálica de la bocina mi propia voz, la voz de mi cuerpo que supuse me soñaba. Me quedé callado. El intercomunicador volvió a zumbiar con desespero. ¿Quién llama? Preguntó Roxana. El zumbido atacó de nuevo y sin pausa. Presioné el botón y dije: Espera un segundo, ya bajo. Tomé un juego de llaves y abrí la puerta. ¿Quién tocaba? Volvió a preguntar Roxana desde el umbral de la cocina. Es el vecino, se quedó sin llaves. Y antes que dijera algo más salté frente a ella y la besé con toda la intención de que mi beso le supiese diferente a una piedra.

Salí al pasillo y entré al ascensor. Mientras bajaba pensé en lo que podría ocurrir. El dueño vino a reclamar su cuerpo, tiene todo su derecho, pero no hay forma de que esto no parezca una locura. Negociaré una prórroga, quizás sólo tengamos que dormir y las cosas vuelvan a la normalidad, en todo caso, necesito la noche para completar el viaje. Le pediré



que vaya a un hotel, que use mi tarjeta de crédito, que lo tome como unos días libres, para mañana todo habrá pasado, volveremos a la rutina de los lunes. Eso espero, aunque siempre existirá el riesgo –o la esperanza–, de que pueda haber otro domingo.

## LA MEDIDA DE LO POSIBLE

Todos los pendejos se comen los cuentos de Medina. Educadito como un evangélico, con las palabras finas que nadie entiende. Metiendo la coba de que sabe mucho. Hasta Celimar cayó en eso. Vamos a ver si le sabes hablar a lo que traigo aquí.

El profesor Medina miró el reloj y notó que se acercaba el final de la clase, entonces, quiso probar si podía extraer, al menos, una conclusión de los muchachos. Con la tiza hizo un uno en la pizarra, luego una línea vertical y en el extremo inferior un cero.

Medina dijo: La pregunta sobre el elefante rosado venía muy traída de los pelos, una más fácil: Esta tarde, al salir ¿podría subirme a un autobús de color amarillo? Sí, dijeron algunos. Otra: ¿Ustedes creen que ese mismo autobús me atropelle mañana? Silencio. ¿Es posible que mañana me pase eso? Eleazar dijo: eso depende, profe. Si se va en uno de Las Agüitas seguro no lo pelan. Los muchachos se rieron.

Juan se puso de pie. ¿Es posible que se muera hoy? Preguntó con un revólver apuntando a Medina.

Ahí viene otra vez con la preguntadera, ¿por qué no escribe en la pizarra y ya? Así copio y me distraigo. Una vez una chama se lo dijo, y él vino con un cuento de que si Sócrates, que si Platón y bla, bla, bla, no joda. Puras güevonadas para tirárselas de San Perfecto. Pero yo te conozco, maldito.

Medina entró al salón con diez minutos de retraso, eso le reducía la tortura a ochenta minutos. Se había cansado de jugar al hermano mayor, pensaba en tomar ese empleo en el negocio de repuestos de un amigo de la universidad. Llevaba diez años trabajando como profesor de matemáticas. La opción más decorosa que tuvo en su juventud después de fracasar en Ingeniería. En la Facultad le dijeron que un mal estudiante de Ingeniería podía convertirse en un excelente profesor de ciencias.

Ya inscrito en la Facultad de Educación descubrió que las matemáticas se simplificaban a simples recetarios operativos, fichas nemotécnicas, líneas de letras, signos, números que no traducían el comportamiento de la naturaleza en una pizarra, solamente balbuceos numéricos que debían llevar a los resultados escritos en la parte posterior de los libros. Él se acostumbró a eso. Años después se quedó sin respuesta ante el desgano de sus estudiantes, que a veces le increpaban a la mitad del Teorema de Pitágoras: ¿para qué sirve eso? Para graduarse, decía Medina.

Todos se pegaron a las paredes, Juan seguía de pie, al fondo. Con el arma arriba abrió una brecha en el medio del salón; los pupitres se movieron a los lados como el mar a Moisés. Los muchachos no dijeron nada, algunas chicas soltaron un leve grito. Medina dio dos pasos hacia atrás e instintivamente levantó las manos a la altura de su pecho. Miró la puerta a su izquierda, pensó que podía escapar. Pero prefirió quedarse, si huía y una bala perdida alcanzaba a alguno de los muchachos... Profesor escapa y deja a sus alumnos con pistolero rabioso, titularían las páginas de sucesos.

Entonces, ¿te puedes morir de un balazo ahorita? Preguntó Juan. Medina no sabía si decir algo, pensó en lo obvio, actuar con calma, pedirle que bajara el arma, pero los adolescentes al igual que el pasto seco a veces sólo necesitan una chispa para incendiarse. Contesta, ¿a ti no te gustan las preguntas? Dijo Juan, y agitó el arma como un diminuto hoyo negro que amenazaba con tragarse todo el salón.

Todo es posible, Juan. Respondió Medina. De eso hablábamos hace rato.

Ladillé tanto a Celimar que me lo soltó pelo a pelo. ¿Por qué no me daba un chance? Yo siempre detrás de ella, haciéndole la visita en su casa, de lo más decentico con su mamá y su papá. Le cargaba los libros, estudiábamos juntos, me uní al curso de matemáticas y me calaba a Medina también por las tardes. ¿No vio que yo era un tipo serio, responsable? Entonces, no entendí por qué no me paraba.

Un día me lo soltó después que la presioné.

Medina dio los buenos días y colocó sus cosas en el escritorio, como de costumbre, justo al entrar varios alumnos tuvieron súbitas ganas de ir al baño. Por lo regular les negaba el permiso porque conocía la treta para salirse del salón, esta vez los dejó ir, no le importaba si regresaban o no. Él, para desquitarse, pasó la lista apenas cruzaron la puerta y los dejó como ausentes. Una vez cumplido el trámite inició su clase.

Sacó sus notas amarillentas, con los mismos ejercicios de todos los años. Pensó iniciar con el ejemplo de la moneda: que si sale cara, que si sale sello, que resulta que la probabilidad es 0,5; lo que equivale a un 50% ¿y cómo así?, preguntarán todos y él dirá que lo del 0,5 al 50% es de cuarto grado, ellos dirán que ha pasado mucho tiempo y suspirará frustrado, tendrá que dedicar dos o tres clases para explicar esa tontería, sólo para hacer de nuevo lo de la moneda y ver las mismas caras de desconcierto de los últimos diez años.

Miró a Juan, el repitiente, al fondo del salón. Todos estos meses lidió con su mirada de tigre hambriento. Si no molesta hasta lo aprueba para no volverlo a ver. Miró a Eleazar rayando en su cuaderno, las chicas mirándose las uñas y hojeando catálogos de maquillaje escondidos en los cuadernos. Pudo fingir que no le importaba, pero él tenía algo importante que decirles. Entonces improvisó: ¿Es posible que caiga un elefante rosado en la mitad del salón? Algunos alumnos atendieron a la pregunta, sabían que había algún truco. Unos dijeron que no, otros se rieron y se burlaron de los obesos del aula.

¿Pero puede ocurrir o no? Repreguntó Medina cuando se calmaron. Sólo si pasa un avión que lleve elefantes rosados para un circo y los lancen justo ahora, dijo Eleazar. A la mayoría les causó gracia. A Medina lo sorprendió, le agradó la respuesta.

Exacto, si todo eso se diera podríamos tener un elefante rosado en el medio del salón. Muerto, sin duda, pero elefante rosado al fin. Sin embargo, sabemos eso no ocurrirá, ¿por qué?

Si se habían tumbado dictaduras por qué yo no iba a poder con ese carajo. ¿Cómo se llama el chamo? Le pregunté a Celimar. Ella dijo que yo no lo conocía. Le pregunté si estudiaba en el liceo y me dijo que no. ¿Y van en serio?, ella me dijo que le gustaba, la cosa podía enseriarse.

Seguro algún pendejo universitario. Tipos con barba que se la pasan con un cuaderno bajo el brazo. ¿No les dará pena? Con todos los años ya, y todavía cargando con un bolsito y los libros, ¿hasta cuándo? Después de salir de esta vaina me meto a chambear, mi primo montó su taller mecánico y el tipo está forrado, este año se va a comprar una Toyota y tiene veinticuatro. La otra vez lo atracaron, le tumbaron el celular, él es un tipo tranquilo, pero no es güevón, se compró este fuco sin seriales, si los vuelve a ver se los pega, no se cae a coba. Ese sí es un tipo arrechó, cero fantasmao, si te pones comiquita te quema.

Medina creó un curso especial para los alumnos que deseaban prepararse para las pruebas de admisión a las universidades. Se reunían después de clases, dos veces a la semana y dedicaba la mayor parte del curso a las matemáticas. Mientras él tenía que ingeniárselas cada año para limpiar los contenidos de la asignatura de cualquier tipo de complejidad, las pruebas de admisión evaluaban a los chicos como si se hubiesen acercado a ese sublime ideal del estudiante reflexivo, diestro con el lenguaje y los números. Por supuesto que los fracasos tenían proporciones épicas.

Abrió ese curso paralelo para todo el que quisiera participar. Se sorprendió de que los alumnos que, raras veces levantaban la cabeza del pupitre, se interesaran en aquello y participaran. ¿Esos muchachos querían continuar su agonía en la universidad? Pero esos estudiantes repentinos desertaban a la segunda o tercera sesión porque descubrían que el curso no funcionaba como una pastillita, no había un truco para ingresar a la universidad; ese edificio grandote que apenas es el paso previo al puestico en la gran empresa o en el gobierno, al teléfono de moda, al carro, a la casa, a las tarjetas de crédito, a los viajes. Por fortuna los grupos se depuraban solos, al final permanecían los que lograban asociar al esfuerzo con la recompensa.

El año pasado Celimar le pidió iniciar el curso paralelo un poco antes, deseaba entrar en la escuela de administración. Tenía ojos enormes y una chispa que rara vez veía en sus alumnos. Su hermano estudiaba ingeniería y le explicaba matemáticas, ella sabía que lo visto en clase no bastaba para enfrentar una prueba de admisión.

Celimar tenía el extraño don de buscar los porqués, así como la capacidad de anudar ideas y exponerlas con claridad. Además le gustaba leer, un día ella le preguntó si había leído a Borges, Medina le dijo que no, pero lo había oído nombrar en la Universidad. A Celimar le encantaba, lo descubrió en una clase de castellano y había conseguido uno de sus libros: *Ficciones*.

No va a caer un elefante rosado porque no hay circos en la ciudad, además, los transportan por tierra, no creo que los suban en aviones, dijo una chica. Pero vi una película y metían un elefante en un avión, replicó otro muchacho. Hubo otro conato de bochinche, Medina actuó y dijo: entonces podría haber un elefante rosado en un avión, pero estamos seguros de que no pasará uno en este momento por aquí. Aunque es posible, eso es posible, todo, por muy absurdo que parezca, es posible. Sin embargo, tenemos certezas de que

ciertas cosas no van a pasar y otras sí. Es decir, podemos afirmar que muchas cosas son blancas o negras; o situaciones ciertas o falsas ¿pero qué hay de los grises? ¿Qué hay del quizás, del tal vez pase un avión con un elefante rosado y lo deje caer? ¿Cómo podemos saber el tamaño de ese *tal vez*? ¿Cuál es la magnitud de una posibilidad?

Ese día tuve la clase más aburrida de mi vida, aunque Medina casi no habló. Ese día practicamos para la parte de castellano de la prueba. Nos dio unas copias, nos pidió leerlas y luego respondiéramos unas preguntas en una hoja. Lo empecé, pero me daba demasiada ladilla, a mitad de la página me cansé. Un tipo soñaba que jugaba ajedrez y luego lo meten presos los nazis ¿y a mí qué me importa? ¿Para qué sirve eso? Me levanté para ir al baño y me quedé fumando, en las tardes casi no hay gente en el liceo, los adultos que te ven se hacen los locos.

Cuando faltaban cinco para las cuatro volví, ya habían hecho el cuestionario y toda la paja, todos recogían sus peroles para irse, alguien le preguntó a Medina de dónde había sacado esa novela, Medina dijo que era un cuento, lo había traído Celimar. Ella se puso rojita cuando Medina la nombró.

Entré, agarré mi bolso y salí raspando, me paré en la esquina a esperar a Celimar, me calaba todas esas pendejadas para encontrármela. Así aprovechaba y veía si me aceptaba una salida al cine.

Celimar salió al rato y no vino hacia la parada, caminó en dirección opuesta, hasta una calle por la que no pasaban autobuses. Dobló en la esquina, la seguí. Cuando llegué al cruce pillé el carro de Medina al final de la cuadra, le abrió la puerta y Celimar se montó. Yo todavía pensaba que la había encontrado por casualidad y le iba a dar la cola, pero por la ventana trasera del carro vi cuando Medina le dio el piquito.

Celimar sacó el libro de su bolso en una de las tardes de fuga: una edición empastada de color amarillo y letras negras. *Ficciones*, leyó Medina en voz alta. Tuve un profesor en Ingeniería al que le gustaba este Borges, nos decía que antes de sentarnos a estudiar lo leyéramos un rato. Pero no le hice caso, además los cuentos me suenan a cosas para niños. Para nada, replicó ella, quédate ahí, te voy a leer uno que me gustó mucho. Celimar se levantó y encendió la luz de la habitación, las sombras se diluyeron en el piso y las paredes en una tristeza ambarina; la filtración en una esquina del techo parecía una telaraña abandonada, la sábana de la cama dejó ver sus esquinas rotas. Medina se apenó por haber

llevado a Celimar a ese sitio, hubiese preferido otro, pero ni las finanzas ni las ansias lo permitieron. El tiempo al lado de Celimar le permitió obviar aquellas cosas, rogó en silencio para que ella también sintiera que ese rato junto a él superaba las costras de esa habitación.

Ella tomó su libro y se sentó en el mueble destinado al malabarismo sexual. Buscó la página y comenzó a leer *El milagro secreto*, pero la precariedad de la luz le incomodaba. Entonces caminó hasta la ventana, la abrió lo suficiente para dejar entrar un rayo de sol. Volvió al mueble y reinició la lectura.

Entonces Medina la admiró desnuda, con sus piernas cruzadas, la cabeza de lado y mirando hacia el libro, el cabello derramándose sobre la derecha de su rostro y la franja solar que parecía cortar la esquina de la habitación y separarla de ese cuarto soez. Celimar, detrás de la cortina de luz, leía en voz alta, durante el rato que transcurrió la historia del judío condenado a morir por los nazis y que pide a Dios el tiempo necesario para terminar su obra, él escuchó al mismo tiempo otra historia: la de él, la de sus semestres frustrados en Ingeniería con las ecuaciones diferenciales, de los problemas de física como acertijos escritos en arameo; de su lápiz paralizado sobre la hoja de examen, del sonido tormentoso del grafito sobre el papel cuando lo rayaba con cosas sin sentido, de la conversación con aquel profesor después de repetir la asignatura por cuarta vez; lea a Borges, bachiller, antes de estudiar léalo, para que se le abra la mente. De su cambio a Educación, del año que lo escondió de su familia, de su padre, el ingeniero industrial, que tuvo sospechas cuando vio la capa de polvo sobre los libros de física y matemáticas, que ahora sólo estudiaba con el Navarro, un libro elemental, ¿qué pasó con el Demidovich, el Leithold o el Makarenko? ¿Por qué estudiaba dinámica de grupos? ¿Por qué pasaba las tardes haciendo carteleras? Escuchó en la voz de Celimar su propia confesión, los reproches por abandonar una carrera verdadera porque en este país cualquiera es educador, Medina respondió que ya cursaba el tercer semestre. Si abandonas Educación no te voy a mantener, dijo su padre. El acto gris de la graduación, la alegría fingida, al menos se graduó de algo, dijo su mamá. Su primer empleo en un liceo privado, el sueldo miserable, todas las horas de trabajo, la cacería del puesto en un liceo nacional, sus carreras entre los privados y el público. Las caras de desconcierto de los estudiantes al principio, la degradación intelectual que venía año tras año, luego esas caras mutaron en muecas de fastidio, cada grupo más desorientado que el

otro, casi anémicos, su desmotivación, su desinterés por los muchachos, ese leve destello de los pocos que le entendían y le devolvían las esperanzas. Encontrar a Celimar y la sensación de que al fin pudo armar el rompecabezas: toda esa ruta, iniciada con sus exámenes aplazados de Ingeniería fueron marcas que lo guiaron, señales que le obligaron a marchar por una vía desconocida, todos los eventos de esos años acumularon los sucesos indispensables que lo llevarían a esa habitación, a la voz de Celimar, a escucharla leer en otra historia la suya propia y decirle que nada salió mal, que todo ocurrió de la forma correcta, que su vida no se desperdició.

Juan, vamos a hablar, intervino Medina. Te molesta lo que ocurrió el año pasado, pero así no va a mejorar la cosa, este año sí te vas a graduar, te lo prometo.

A mí no me tienes que pedir disculpas. Se las vas a pedir a Celimar, güevón.

Medina enmudeció, se imaginaba algo como eso, pero dentro de él aún esperaba que no lo dijera, no deseaba que los demás escucharan sobre Celimar. Él pensaba que estaría a salvo mientras las cosas se quedaran en rumores, al fin y al cabo las habladurías son siempre discutibles, tienen ese velo de la exageración que permite colar el beneficio de la duda a través del *no vale, ¿en serio? Esos son puros chismes.*

Vi cuando subiste al carro de Medina. No quieres decirle a nadie lo que pasó, pero esto no se puede quedar así. ¿Acaso vino a hacerse responsable? ¿O a ayudarte con el rollo que tienes ahora? No, para eso no es machito. Yo lo veo todos los días muy tranquilo en el liceo, ni siquiera te nombra cuando pasa la lista. Tuve un peo con él hace días, le dije sus vainas en la cara y a grito limpio para que oyeran todos, hasta el director lo citó ayer, nunca dijeron para qué. ¿No te han llamado del liceo? Lo van a hacer, cuando eso pase que no te tiemble el pulso, Celimar, manda a ese maldito al pozo. ¿No? ¿Qué quieres hacer?

Juan abandonó el liceo unas semanas antes de terminar el año escolar. Medina sintió ese mes de julio como el más ligero de todos. Algunos hicieron preguntas, pero todo quedó ahí, el muchacho había desaparecido, Celimar también y punto. Venían las vacaciones y Medina veía a septiembre como un lienzo en blanco. Sin embargo, dos semanas después del inicio de clases, reapareció Juan a repetir todo el curso. Medina lo había tomado como esas casualidades absurdas de la vida. Pensó que la discusión del año pasado podía quedar atrás, que ahora podía darse un encuentro como el de Caín y Abel de Borges (porque ahora lo leía con frecuencia) que al verse ya ni recordaban la pelea, creyó que serían unos meses de



olvido y mutuo perdón. Pero la presencia de Juan actuaba como una astilla clavada en el borde de la uña todo el año. Ahora descubría que todos esos meses formaron parte de un plan y a través de Juan venía la consumación de la venganza. Qué tonto, otro problema que se le había ido entre las manos.

¿Celimar sabe que estás aquí? Preguntó Medina. Claro, ella me lo pidió. Le jodiste la vida, dijo Juan. Medina lo sabía, después que la llevó a abortar en aquel cuchitril, la dejó en su casa, aquella noche cuando ella no pudo ocultar el sangrado, sus padres la llevaron de emergencia al ambulatorio. Celimar le avisó a Medina con un mensaje de texto, él le pidió que no dijera nada sobre la relación entre ambos. Luego se enteró de los días duros, las infecciones, las complicaciones, la esterilización.

¿Y quién estuvo con ella? Su familia y éste que está aquí, dijo Juan señalándose con un dedo de la mano izquierda. ¿Y tú? Bien, gracias.

Medina miró el cero y el uno que había escrito en la pizarra justo antes de que empezara todo. Con su mano derecha señaló la línea vertical que había dibujado. Juan, mira la pizarra. Si vas a matarme eso sería el uno, si no vas a matarme eso sería el cero, ¿entre el uno y el cero en dónde te ubicas? Juan miró la pizarra con un gesto de extrañeza.

Y luego disparó.

Todos gritaron, abrieron la puerta y corrieron despavoridos.

Medina no se movió, miró el agujero en la pizarra, el tiro dio casi sobre la línea, a unos centímetros por debajo del uno. El futuro se reducía a ese breve hilo de tiza en la pizarra.

Cuando Juan hizo el segundo disparo Medina recordó el instante luminoso que le había dado Celimar en aquel cuartucho de hotel. Se aferró a ese recuerdo, a ese espacio entre el agujero y el uno que era la medida de lo posible, el tamaño de su milagro.

## LOSAS Y CARACOLES

La costumbre funciona como una rama que impide la caída, un obstáculo hacia el abismo. Por eso me he creado el hábito de tocar las paredes, porque así contengo el vértigo al despertar cada mañana. También me ha ayudado la rutina de meter la cabeza debajo del lavamanos para protegerme de la luz asquerosa del bombillo. Luego estiro las piernas lentamente para prevenir los calambres en las pantorrillas. Gracias a estas pequeñas manías puedo recordar quién soy, conectar este instante con mi último minuto de conciencia del día anterior. Y ese recuerdo detiene el descenso. Ayer me dormí con el único deseo de caer en un coma onírico. Cuando volviese a abrir los ojos sería desde mi cama, con mi esposa al lado. Habría un termo de café, una caja de Marlboro rojo en la cómoda, ella estaría sentada en una esquina del cuarto hojeando una revista. Luego, todo sería anécdota y milagro.

Estas paredes pueden llenar un párrafo de las crónicas de mi secuestro, porque nada de esto valdría la pena si no aparece en un libro. Podría ser de entregas semanales, pero no en mi revista, sería de mal gusto. Mejor le pido el favor a Méndez para que lo publique en su periódico, quedaría bien en el encarte cultural de los sábados. Hasta le daría sabor al suplemento estirado ese.

Por supuesto estas maquinaciones no pasarán al papel. No sería elegante plasmar cómo pensaba en mis nuevos triunfos durante el encierro. Creo que en esta reclusión vendría bien pensar en asuntos más elevados. Haré una pequeña lista en alguna de las losas.

Fuera de los paseos en mi mente, el único placer que tengo es el de escribir en la parte posterior de las losas que desprendo del piso. Uso un marcador negro que tomé de un escritorio cuando quemaron mi biblioteca, una lástima, tenía una buena colección de libros autografiados y libros raros. Sólo había leído algunos volúmenes, pero todos los lomos lucían muy bien en mi estudio. Los secuestradores conocían, de alguna forma, mi apego a ellos. También sabían de mi gusto por los espacios abiertos y los grandes ventanales. Por

eso me encerraron en este baño. Sin ninguna otra iluminación que la del bombillo bastardo que no apagan nunca.

Ellos apenas me hablan, siempre llevan la cara cubierta, quizás los conozco. Podrían ser antiguos empleados molestos. Hay más de uno dispuesto a pegarme un tiro, y no podría culparlos por eso, las ganas de matar a un jefe es parte natural de cualquier trabajo. Pero no hay manera de evitar ese efecto porque no existe otra forma de dirigir. ¿Acaso debí hacerle caso a la palabrería gerencial? ¿A las *organizaciones horizontales*? No me jodan, yo sólo *horizontalizo* la secretaria de turno. En mi revista mando yo, al fin y al cabo la inventé. Así mismo, un invento de palabras. Como todo lo que he creado en mi vida.

Cuando empecé a trabajar pensaba diferente, pero eso ocurrió mucho antes de Ley Cero, empecé en el diario que ahora dirige Méndez. Todas las entrevistas que hice en esa época fueron pavorosísimas e intrascendentes porque siempre me tocaba hablar con gente sin nada en la bola, bates quebrados con ganas de figurar. Hasta que me enviaron a la frontera.

Al fin tenía la oportunidad para mi gran despegue. Había un líder guerrillero que deseaba hablar con la prensa. Llegué a la selva colombiana, después de muchos sobornos conseguí hablar con el fulano jefe. Una decepción total: el tipo soltó una avalancha de panfletos fidelistas. ¿Cómo justificaría los gastos? Así que inventé a mi personaje: un fiero combatiente de injusticias, una mezcla entre implacable y sensible, lleno de frases lapidarias: *cuando ya no pueda luchar por los desposeídos, que se use mi cuerpo como alimento o abono o espantapájaros, en fin, algo útil hasta convertirme en polvo. Ese, es mi testamento*. La guinda se la puse al reseñar mi arribo al campamento imaginario: el comandante de papel se hallaba detrás de su tienda, admirando un pequeño jardín, sentado sobre una roca, con la mejilla apoyada en su AK-47, sin duda, recordaba tiempos más tranquilos o a algún amor abandonado por las obligaciones de la revolución.

Eso quería el público en aquellos tiempos guerreros, míticos y, al mismo tiempo, cercanos. En los noventas perdieron rentabilidad. Vino la época de los emprendedores, de los capitanes de empresa, de los gerentes exitosos, en esa época el cielo no se tomaba por asalto, por el contrario, se hacía a través de planificaciones estratégicas, liderazgo organizacional, *benchmarking*, *empowerment*, *balanced score card*, reingeniería, fusiones, gestión de calidad, *community management*. Cada dos años alguien inventaba alguna receta y yo me encargaba de buscarle un personaje. A principios del siglo XXI se renovó la sed

por el héroe; ahora los personajes usaban los mismos discursos incendiarios de hace treinta años, pero lo hacían desde la formalidad de una corbata, a algunos se les veía agitando los brazos con fervor en las fechas patrias y deslumbraban con el brillo intermitente de sus relojes de marca.

Sin duda algo me quedó de mis gerentes de papel, porque fundé Ley Cero. Una revista de actualidad y análisis político. Aunque poco me importaba la investigación, sólo me interesaba el impacto, la portada de escándalo, las fotos de los políticos con sus amantes, el artista ebrio ofreciendo peleas en bares de mala muerte. Descubrí que los ídolos caídos traían más ventas. Jamás me preocupé por las fuentes o la veracidad, yo leía cada artículo y bastaba con que lo creyese sin cuestionamiento. De lo contrario lo devolvía. No dudo de que me rodeé de un montón de embusteros, porque todos regresaban con fechas alteradas, nuevos nombres, hechos cambiados, nunca protesté eso. Así la mentira se volvió tácita para todos. Algunos periodistas renunciaron ofendidos, otros me demandaron, pero los jueces siempre se mostraban comprensivos de mis razones después de retratar los matrimonios de sus hijas o permitirles espacios para publicar columnas de opinión, también les reforzaba su imagen cuando algún escándalo estallaba. En fin, hice amigos en varias partes, enemigos en muchas otras.

Creo que hay un par de cosas buenas para anotar, también puedo describir a los caracoles, a ellos los encontré debajo del lavamanos, hay un montón, se desplazan con una parsimonia que no es de este mundo. Ellos tal vez saben de mi presencia, pero no les importa, sólo van por el borde de un agujero por donde entran y salen. No tengo idea con qué se alimentan, ojalá no sea conmigo. A veces les dejo el platón de sopa que me pasan una vez al día. Los primeros días ni lo probé, pero el hambre me ha hecho superar mi asco por ese menjurje. Ahora les dejo apenas un poco, no sé si toman algo de ella, es agradable sentir su compañía y creer en algún tipo de nexo entre nosotros. Además, eso agrega otra rutina a mi día. Los secuestradores no saben nada de los caracoles, por supuesto. Los matarían si me pillan con la oreja en el piso tratando de escucharlos.

Mis captores han intentado desde el primer día quebrar algo dentro de mí. Quieren verme desesperado, implorando, enloquecido. Sólo eso explicaría por qué a los pocos días de mi secuestro me llevaron frente a un espejo: tenía algo de barba, estaba despeinado y desaliñado, no lucía tan mal. Han pasado semanas y ayer me pusieron de nuevo frente al

espejo: tengo una barba poblada, el cabello largo, mis uñas son extensiones mugrosas, he adelgazado mucho, también pude ver algunas escaras en mi brazo, caminé muy despacio y la luz del sol no cayó como un baño refrescante, por el contrario, mis ojos se resintieron a la claridad. Incluso llegué a añorar al hueco con mis losas, los caracoles y el marcador. Me mostraron una imagen desgastada de mí mismo, pronta a borrarse.

Luego me llevaron a la pocilga. Se burlaron de mí. Para no darles el gusto sonreí y dije lo bien que me sentía, además necesitaba perder peso. Volvieron a reír y me dijeron: “Si no nos pagan vas a perder más peso cuando te cortemos una mano. Veremos si tu mujer lo entiende.” Dejé de sonreír, me quedé en silencio. Al entrar de nuevo pude sentir la peste de mis propias secreciones. Cuando pasaron la llave acaricié mis manos con una nueva sensación. Algo hizo mella en mí. Si no pudiese escribir enloquecería. Por fortuna, los caracoles me esperaron, me quedé acostado viéndolos subir las paredes. En su peculiar conducta han hecho una circunferencia perfecta alrededor de su agujero, creo entender su mensaje: no debo desesperar. Mis captores quieren cortar algo más que mi mano. Los caracoles con esa curva cerrada me muestran que sigo completo, el espíritu no puede triturarse. Ellos guardan una sabiduría densa y lejana.

Varios días después me llevaron un televisor a la pocilga. Pusieron las noticias y vi un reportaje sobre mi empresa: a raíz de mi secuestro mi esposa hurgó en las finanzas para recolectar lo del rescate, lo cual aprovechó el fisco para revisar la contabilidad. La revista salió de circulación mientras se evaluaba el monto total de las evasiones fiscales. Como no tenían acceso a las cuentas en el exterior iban a embargar mis activos en el país para compensar la deuda. Uno de los raptos permaneció serio frente al aparato, el otro casi se deshizo de la risa. ¿Y entonces? ¿Empezamos a cortar de una vez? Preguntó el serio, y me mostró un puñal para destajar venados, sentí un escalofrío trepando por la espalda. Se acababan las opciones. Les dije que aguardaran, mi esposa se las arreglaría para buscar el dinero, tal vez podría vender algunas cosas. Sacaron el aparato del baño y luego entraron con un periódico que me obligaron a sostener sobre el pecho para tomar una fotografía. Vi la fecha del periódico, supongo que tenía la fecha del día. Salieron y cerraron la puerta.

El traqueteo del candado fue el último sonido exterior que escuché como por dos días o tal vez tres. Perdí la noción del tiempo esperando a los caracoles. Moví las losas debajo del lavamanos y me quedé mirando la columna que lo sostenía. Apareció uno que supuse

exploraba el terreno primero, al rato le siguió una hilera con los demás ¿cómo supieron que no había peligro? ¿Por qué no me temían? A veces levantaba la mano con gesto amenazador, pero ellos continuaban su camino ascendente hasta el lavamanos, se detenían en los retazos de moho. Tal vez se lo comen.

En Ley Cero sólo alzaba el brazo para que sucedieran las cosas: el cambio de un titular, el cobro a un cliente atrasado, un rumor de cierre de un banco o hacíamos el rescate del ostracismo de alguna figura pública envuelta en un escándalo. Bastaba con hacer unas llamadas, señalar a alguien en una fotografía y crear otro alboroto, con eso se formaba la opinión pública, luego sólo había que complacerla.

Entretenimiento, un *reality show* de cualquier cosa para alimentar esa ridícula hambre de melodrama que llevamos impresa en el ADN. Hace veinte años demandaba cierta complejidad, había que buscar voces expertas y respetables en el tema de moda, hacer entrevistas, pedir que se redactaran columnas, inventar perfiles, antecedentes, testigos. Hasta teníamos que mostrar cifras y gráficos de barras. Eso ya no hacía falta. Bastaba con un par de declaraciones destempladas en los titulares.

Eso lo escribiré en una losa, también escribiré que me arrepiento de haber escondido tan bien este chalet. Aquí me refugiaba de todo, a veces inventaba un viaje al exterior. Voy a España, a reunirme con los editores de El País. Me invitaron a un foro de estrategias editoriales. Eso decía en la oficina, yo me escapa a este chalet, solo, la mayoría de las veces, y me encerraba por unos días. Me bañaba en el jacuzzi de la terraza, encendía la bomba de hidromasajes, me quedaba sumergido hasta sentir a los músculos licuados. Un par de días antes de regresar tomaba una libreta del estudio y redactaba mis notas falsas.

Luego compartía los supuestos apuntes con mis periodistas, con eso mostraba el camino a seguir los próximos meses. Ellos asentían de manera cómplice y continuaban con la charada. A medida que creció Ley Cero también crecieron mis versiones de las reuniones. Hasta que los editores ficticios comenzaron a *tomar nota* de mis observaciones y consejos. Una de mis recomendaciones era la de usar siempre datos numéricos, indicadores rebuscados sin importar el contexto, también citar hechos históricos e imposibles de verificar, con eso se daba un halo de seriedad a los asuntos.

Las risitas de las reuniones desaparecieron cuando les mostré diarios internacionales que usaban *mis* estrategias, o al menos eso parecía, pero yo me ocupaba de hacerles ver

cómo aplicaban mis recomendaciones y lo que tenía escrito en mis libretas. Éstas se hicieron legendarias, cosas que ocurrieron en el mundo periodístico local e internacional ya estaban escrito en ellas. Mis empleados empezaron a considerarme una especie de gurú comunicacional, además de temerme me admiraban, una combinación perfecta.

Mis captores también creen que soy alguien importante. Me ha consumido mi propio mito, he volado tan alto a costa de mis inventos que ahora pago el precio oliendo mis alas chamuscadas. A veces pienso que si merezco este castigo, entonces también tengo derecho a la redención.

Mi esposa hará algo por ayudarme. Margarita siempre me apoyó, aún después de resignarse a vivir en un mundo de fantasías, sin saber cuándo le decía la verdad o no. Eso ya no me importa, me confesó un día. Ella está más allá de eso, toda esta situación debe haberla movido, seguro ya contactó a nuestro contador. Él sabrá cuáles cuentas puede mover, no me importa si descubre las cuentas ocultas. Los caracoles me miran y de alguna forma asienten. Voy a escribirlo en las losas. Esos depósitos de fe en mi esposa se verán muy bien en las crónicas.

Unos días después escuché a los secuestradores discutiendo a gritos. Al rato abrieron la puerta, tenían un periódico en las manos, me lo arrojaron. Me lo llevé al pecho como la otra vez. Lee la última página, pendejo. Lo revisé y vi la foto de Margarita en el salón de conferencias de Ley Cero, parecía una rueda de prensa, vi al contador y a Méndez al lado de ella. Me alegré tanto de verla. Ignoro la impresión de mi rostro pero me delató. Uno de ellos gritó: ¿Ya leíste? ¿Y te ríes? Ni siquiera había prestado atención al encabezado, lo miré y después devoré todo el reportaje.

Releí sin creerlo. Cuando se convencieron de mi sorpresa me quitaron el periódico. Vamos a darle a tu mujer una prueba de vida. Brinqué por instinto junto al retrete con las manos detrás de mí. Uno de ellos me haló por el brazo, me resistí, pero me dio un cachazo en la cabeza y ese aturdimiento, incrementado por mi debilidad, impidió cualquier otro esfuerzo de resistencia. Me arrastraron por el pasillo hasta la sala. Habían tapiado todas las ventanas con tablas de madera, me sentí como en una película de zombis. Me dieron otro cachazo en la cabeza y me lanzaron al piso. Arrastraron una mesa de centro hasta mi lado y luego preguntaron: ¿Eres derecho o zurdo? Zurdo. Mentí.

Me cortaron el dedo meñique y el anular. La herida la cauterizaron con el mismo cuchillo que calentaron al rojo vivo. Envolvieron los dedos con el periódico y descubrí que habían guardado mi billetera y las cosas que llevaba encima cuando me atraparon, lo metieron todo en una bolsa, el mismo que me cortó el dedo salió con ella.

El otro me arrastró y me pateó hasta encerrarme de nuevo. Un rato después abrió la puerta para darme una bolsa de hielo y una taza llena de cotufas. Debo haber gemido del dolor toda la noche. Más allá del dolor físico había otro, uno más profundo. No podía señalar la ruta de esa otra herida, varias horas después de pensar en ella concluí que no había dos heridas; sino una sola, creciendo, prolongándose. Creo que apareció cuando leí el artículo del periódico: en ese momento sentí como si algo dentro de mí hubiese sido succionado por un remolino gigante. Miré el espacio de los dedos faltantes. Entendí que ese *algo* que desapareció tenía el tamaño de mis dos dedos perdidos.

Después me dormí o me desmayé, cuando desperté al día siguiente estuve por unos segundos en blanco, entonces sentí de nuevo el dolor en mi mano y ese corrientazo me conectó con todo lo que había pasado. Deshice el camino del día anterior y me detuve de nuevo en el momento del artículo: Margarita había declarado no tener noticias mías, la policía seguía sin pistas de mi paradero, tampoco había recibido evidencias de vida. Sólo una nota de rescate por un monto astronómico, luego no se supo nada de los secuestradores. En vista de eso, Margarita me dio por muerto. Dijo que esperaba por avances de parte de las autoridades o al menos alguna nueva notificación de los secuestradores. Mientras tanto, Ley Cero seguiría circulando con Méndez como editor encargado, Margarita y el contador ingresarían a la junta directiva de manera temporal. Se garantizaba la continuidad de la publicación y la estabilidad laboral de todos los empleados.

Esa noche tuve un sueño: me vi bajando de un tren en una estación modesta en medio de una llanura casi desértica. No reconocía el sitio, tampoco sabía qué hacía ahí ni adónde ir, más nadie bajó del tren. Las personas en la estación tampoco subieron. Se veían muy tranquilas, sentadas. Caminé por la plataforma con mis maletas, la que llevaba en la mano izquierda pesaba mucho y me dolía la mano cada vez que la halaba. Sonó un pito, varias personas se levantaron y se dirigieron al andén. Vi por la ventana a la gente subiendo, sonó otro pito que asocié con la salida. Quise acelerar el paso y no pude, las maletas pesaban más a cada instante, traté de soltarlas, pero la tira por las que las halaba se me enredó en las



muñecas, perdí varios segundos tratando de zafarme, sonó de nuevo el pito, el reloj marchó otro minuto, decidí caminar lo más rápido posible, sentí que hacía un esfuerzo enorme, entonces todos en la estación se encaminaron al tren, yo daba pasos más largos, pero cada vez avanzaba menos, la gente pasaba a mi lado y me esquivaba, todos parecían ocupados y muy conscientes de la ruta a tomar. Crucé el umbral y llegué a la plataforma, el empleado del tren en la puerta del vagón miró a los lados, me vio casi arrastrándome por llegar, pensé que bajaría a ayudarme. El aparato se puso en marcha. Lo vi acelerar con parsimonia, no me desesperé porque iba lo bastante lento como para abordarlo de un salto desde la plataforma, sin embargo, no pude llegar al borde de la misma. Además del peso, ahora la plataforma parecía crecer, el borde se alejaba de mí y el tren avanzaba con la lentitud de un desfile de elefantes, entonces decidí correr con todas mis fuerzas, no me importaba si dejaba los brazos pegados a las maletas, esa decisión parece haberme ayudado, logré llegar al borde de la plataforma que se había alejado mucho del resto de la estación, el tren continuaba pasando, cuando me acerqué lo suficiente descubrí que no había compuertas para entrar. Entonces me quedé parado, viendo el tren hasta que pasó el último vagón. Pensé en volver a la estación, pero la plataforma en su expansión se había alejado tanto que ahora no podía volver arrastrando de nuevo las maletas. Me quedé ahí, bajo el cielo abierto, con un sol de mediodía quemándome la piel. Abrí los ojos y me lastimé con la luz del bombillo. Despegué varias losas de la pared y escribí: *debo subir al tren, debo subir al tren, debo subir al tren*. No volví a soñar con él en las noches siguientes.

Creo que pasaron diez días hasta que volví a ver a mis captores. Me revisaron la mano, al que me cortó los dedos le pareció que la herida cicatrizaba bien. Volvieron a tirarme un periódico. Leí nuevas declaraciones de Margarita, repitió que seguía sin noticias de los secuestradores. Méndez, a su lado, corroboró la versión de Margarita. También dijo que esperaba verme con vida, aunque el silencio y el despiste de la policía no arrojaban esperanzas.

El que me había cercenado dijo: Yo puse los dedos en la puerta de tu casa. Me quedé esperando y la mujer salió temprano en la mañana a regar el jardín. Ella agarró el paquete, lo abrió y lo tiró al piso. Entró a la casa y volvió a salir con el güevón ese, dijo y señaló a Méndez en la foto. El tipo vio la vaina, enrolló los dedos en el periódico y se metieron en la casa. Los dos en batas de baño. Les dejamos instrucciones para el rescate y una semana

después nos salen con esto. Agarró el periódico y lo sacudió en mi cara. ¡Qué bolas! Resulta que te quieren muerto. Agarra ahí, pendejo. Me tiraron de nuevo el diario, me ordenaron colocarlo sobre mi pecho mostrando la fecha hacia la cámara y tomaron otra foto.

Esa noche volví a soñar con el tren y lo vi a alejarse de nuevo, pero esta vez no intenté subirme, no corrí ni luché con las maletas, me quedé ahí, mirando los vagones, vi a Margarita en la ventana de uno de ellos. También me pareció ver a varios de mis empleados hablando con los editores imaginarios a los que yo había *aconsejado* tan bien según mis libretas. Dejar de luchar de alguna manera me tranquilizó.

Esa mañana me despertaron las voces de los secuestradores, de nuevo discutían a gritos. No entendí lo que decían, pero la desavenencia era obvia: ¿por qué mantener con vida a alguien que no va a ser rescatado? En mi desespero desprendí varias losas, los caracoles se habían apoderado de todo un rincón del baño. Saqué el marcador y comencé a escribir detrás. Yo no desaparecería así, sin más, alguien vendría algún día a este chalet abandonado y encontraría esas losas rayadas, escribí hasta desmayarme. No me dieron ningún alimento, me tiraron una botella de agua esa noche y siguieron discutiendo.

Dos días después resolvieron su dilema: abrieron la puerta, el destajador ahora tenía un machete en la mano, el otro llevaba un revólver, me ordenaron ponerme de rodillas, les obedecí. Me colocaron el cañón en la frente. El hombre amartilló el arma.

En ese instante usé mi mano derecha y se la arrebaté de un zarpazo. Le disparé en un pie. El otro se vino machete en mano, pero pude esquivarlo, cuando estuvo en desequilibrio le disparé en un costado. El primero intentó ponerse de pie y sacar otra arma que llevaba oculta, volví a dispararle y se quedó en el suelo.

La luz del sol me cegó por unos instantes cuando salí al pasillo, iba dando tumbos, me di cuenta que había dejado el marcador. Volví por él. Los hombres todavía boqueaban. Moví sus cuerpos y los puse bocabajo, tomé el marcador, también recogí a varios de los caracoles, luego levanté las losas en las que había escrito las dos noches anteriores y las puse frente a sus caras, en todas escribí lo mismo en el reverso: “Al fin decidieron matarme. Primero me darían varios tiros, después me desmembrarían con un machete, algunos pedazos de mi cuerpo se los harán llegar a mi esposa y otros a la policía. Esa mañana abrieron la puerta, me ordenaron ponerme de rodillas, uno puso la pistola en mi cabeza, en

ese instante un soplo de desesperación me abordó y se la arrebaté con furia felina, no se lo esperaban. Les disparé a ambos varias veces y los dejé en el piso del baño. Salí al pasillo, pero a mitad de camino regresé por el marcador, no podía dejarlo, era un recuerdo valioso. Los secuestradores aún respiraban, moví sus cuerpos y los puse bocabajo. Tomé varias de las losas en las que había escrito estas líneas y los dejé leyendo su propia agonía.”

Las cosas no ocurrieron de la misma forma, pero raras veces se alcanza el final perfecto. Este me sirve por ahora, me ocuparé de las correcciones cuando llegue a casa y me reponga. Luego resolveré lo de Margarita y Méndez.

## LA COMUNIDAD DE LA ESFERA

¿Los muros siempre habrán sido tan altos? Nunca he escuchado a nadie discutir sobre eso. Las preguntas siempre se han hecho sobre su longitud, jamás he escuchado a alguien elaborar alguna tesis sobre la altura de los muros. Debe existir algún detalle obvio sobre ese tema y por ello se descarta cualquier discusión acerca del mismo. Tampoco he oído hablar sobre sus materiales. Su color gris, su tamaño y su textura lisa inmediatamente delatan su origen artificial, es obvio que tienen la misión –o la tuvieron– de protegernos. Tal vez resguardaron a la Comunidad de una época bárbara y violenta.

A pesar de su altura, los muros pueden saltarse, pero detrás de ellos sólo se ve una llanura ocre con la tierra cuarteada, algunos matorrales y xerófitas. Recuerdo cuando los Mayores decidieron colocar un puesto de vigilancia en lo alto de un muro, yo tendría unos diez años. Durante meses los observadores dejaron la vista en el desierto. No había nada excepto algunas bolas de paja corriendo por las colinas agrestes. Eso llevó a la siguiente conclusión: fuera de los muros no existe nada importante. Y por supuesto al corolario: todo lo que importa se encuentra dentro de los muros.

Aquí tenemos bosques, agua suficiente, animales salvajes y domésticos. Además, todos descendemos de una familia común. Desconocemos su tamaño, nos hemos dispersado a lo largo de los muros, tampoco sabemos cuál fue el núcleo original de la Comunidad. Debido a la pobreza de los archivos históricos dependemos de la memoria colectiva y oral. Los Mayores tienen a su cargo el deber de propagarla. Ellos se ocupan de asimilar los recuerdos de cada individuo y los convierten en patrimonio de la Comunidad. Esta práctica hace de nuestra memoria un ente dinámico y cambiante.

He escuchado que provenimos de la Comunidad originaria, aunque mi recuerdo más antiguo me habla de nosotros como el núcleo de todas las Comunidades. Sin embargo, la versión más reciente dice que nos asentamos de forma temporal en este sitio como un grupo

satélite con la misión de contactar a los Errantes, persuadirlos de desistir de sus tesis sobre la finitud de los muros y ayudarlos a crear una Comunidad en un sitio indeterminado ya que cualquier punto en el que se establecieran vendría a ser lo mismo.

Ese mensaje se ha trasladado de boca en boca gracias a los Mayores y pronto las otras versiones del pasado quedarán reducidas a rumores. Eso me hace pensar si mi existencia ha devenido sólo como el resultado del tejido colectivo de nuestra memoria. Quizás tengamos infinitos pasados solapándose uno con el otro de acuerdo al parecer de los Mayores. Lo cual me causa un desasosiego que sólo puedo calmar tomando la esfera que mi padre talló con tanta paciencia desde antes de mi nacimiento. La dejó un día al lado de la cama, después no volví a verlo.

La costumbre de la esfera parece el único hábito coherente y enlazado con nuestra memoria móvil, tal vez de ahí nacen todos los pasados posibles que luego se superponen. Los habitantes de la Comunidad debemos, en algún momento, tallar una esfera perfectamente lisa y balanceada. Toma años desarrollar la técnica, dicen los Mayores que una vez dominado el oficio nos acercamos al secreto de los muros.

Eso no lo entiendo, pero imagino que está relacionado con los motivos de nuestro asentamiento: en este instante puedo afirmar que somos una Comunidad de la Esfera, creemos que los muros forman una circunferencia perfecta. Como afuera de ellos sólo existe un desierto, entonces debemos aprovechar el tiempo vital dentro de las paredes para vivir, procrear, tallar una esfera perfecta durante ese lapso y transferir ese mensaje de padres a hijos. ¿Qué otra opción queda? ¿Recorrer los muros? Eso sólo nos llevará, en el mejor de los casos, al punto de partida, con lo que quedaría demostrado el primer punto y, por tanto, una pérdida del tiempo vital. Así nos han dicho los Mayores, simple lógica.

Los Mayores nos han enseñado que la esfera puede construirse apilando una serie interminable de circunferencias concéntricas de diámetros decrecientes, por tanto, al tener una esfera en la mano comprimimos una fracción del universo, pero al mismo tiempo capturamos al infinito, quizás de esa idea nacen todos los pasados posibles que se superponen. Si eso acaba por entenderse del todo, lleva a cada persona a dejar de hacerse preguntas sobre los muros y otras cosas sin importancia, y le permite concentrarse en aprovechar su tiempo vital, formar una familia, además de cultivar la disciplina construyendo una esfera perfecta. Así lo dicen los Mayores.

Sin embargo, hubo personas que cuestionaron las certezas. Mi padre fue uno de ellos. Él participó con los observadores que otearon el desierto durante semanas. Cuando regresó afirmó a viva voz que fuera de los muros no había nada. Luego se volvió taciturno. Poco a poco se enroscó en una espiral silenciosa. Le pregunté varias veces qué le sucedía, finalmente lo confesó: cuando bajaron del muro pudieron afirmar, más allá de toda duda, la existencia del desierto, del muro sólo pudieron distinguir un arco inmenso que podía formar (o no) una circunferencia, y no había nada concluyente al respecto. Todos los observadores hicieron un pacto tácito de silencio para no inquietar a la Comunidad.

Esa duda causó una grieta en las certezas de mi padre. Las afirmaciones, en apariencia, tan lógicas de los Mayores empezaron a perder peso dentro de él. Una mañana cuando marchábamos a los campos a trabajar, me dijo que las supuestas deducciones le parecían un tinglado mal armado, incapaz de resistir al menor aguacero. Me dijo: nos han enseñado a permanecer quietos, no vale la pena seguir a los muros ya que volveríamos al mismo punto en algún momento. Pero esta afirmación asume como cierto que los muros forman una circunferencia, ¿y si nunca se encuentran? ¿Y si en algún punto termina el desierto? ¿En verdad los Errantes pierden su tiempo caminando como desquiciados? ¿Y si esas paredes no tienen ningún propósito? Terminó con esa pregunta y no volvió a hablar, cuando llegamos a nuestra área de trabajo vio los muros y se perdió en un gesto nebuloso.

Ahora lo recuerdo, pienso que sus diques internos colapsaron y una ola de preguntas lo inundó. Cada noche debió dar pancadas en esas aguas, pero empezó a ahogarse. Se dedicó a tallar su esfera con ahínco, tenía la esperanza de calmarse; creo que no deseaba cuestionar a los Mayores, buscaba una tregua con el mundo, un punto de reconciliación.

Esas dudas no sólo debilitaron las certezas de mi padre, muchas personas sintieron lo mismo, la idea de que los muros no formaban una circunferencia se esparció como un virus. Algunos decían que formaban una elipse, otros decían una parábola. Luego se propagaron ideas más creativas: como la de la espiral y la posibilidad de un laberinto infinito o la de la hipérbola y la teoría de un mundo espejo en el que habitaban nuestros dobles. Mi padre vio estas ideas como deformaciones del concepto original de la Comunidad, así como el peligro de que los Mayores las usaran para calmar a la población y las tallaran en la memoria colectiva como si los muros siempre hubiesen formado alguna otra figura geométrica.

Cuando terminó su esfera y comprobó que los muros seguían despertando en él las mismas inquietudes, decidió marcharse. Varias personas lo siguieron.

Los Mayores han manejado versiones diversas y contradictorias para justificar su partida. Una de ellas cuenta que mi padre huyó después de un amorío con una mujer casada el cual terminó en un embarazo y prefirió escapar antes de confrontar al marido celoso. Aunque propagaron la historia con rapidez, nunca se supo quién era la mujer ni el cornudo. Además, mi padre no se marchó solo. No he podido dejar de preguntarme ¿por qué un cobarde huyendo de un esposo enfurecido iba a escaparse con un grupo de personas?

Este recuerdo no pudo anclarse en la Comunidad debido a los parientes de los acompañantes de mi padre. Ellos sostenían que las personas le siguieron porque profetizó que al final de los muros había otro mundo, uno lleno de abundancia, sin las labores agotadoras de los campos de la Comunidad, un paraíso al que todos tendrían acceso, sólo había que seguir los muros, el viaje tendría desconocidas y numerosas dificultades, pero la recompensa valdría la pena.

También se decía que habría dejado un material escrito y los Mayores se ocuparon de destruirlo. Otros decían que el manifiesto aún existía y los Mayores lo usaban para armar nuevos recuerdos no sólo sobre mi padre sino también del pasado colectivo.

Los más osados afirmaban que había desarrollado toda una tesis sobre los muros, y demostró que no formaban una circunferencia. Mientras tanto, los Mayores estudiaban sesudamente sus escritos para hallar un fallo lógico, una inconsistencia. Si alguna vez lo encontraban divulgarían los documentos con el fin de mostrar el error y así reforzar la idea oficial de los muros. Pero el rumor de los documentos secretos empezó a tomar fuerza en la Comunidad, tan sólo la idea de que existiera un material escrito, una prueba que no podía ser cambiada, atentaba contra el equilibrio de los Mayores. Porque con esa memoria escrita se podría volver sobre los pasos, llegar a hasta una antigua bifurcación o desvío y corregir el rumbo de la vida, ya fuera para enmendar un error o un pecado, inclusive sólo por curiosidad, para calmar el gusano de las opciones no tomadas.

Bajo esa premisa muchas personas podrían abandonar los campos, inventarse otros destinos, incluso convertirse en Errantes, seguirían los muros, o peor aún, los saltarían y se enfrentarían al desierto. La Comunidad se desharía, luego el caos, la disolución, la nada. Para prevenirlo, los Mayores difundieron la idea de que los documentos sí existían, pero

que en ellos hay un cálculo complejo para demostrar la circularidad de los muros. Para hacer ese cálculo, se subió a ellos y midió la longitud de un tramo. Con esa medida determinó cuál debería ser el valor del radio de una circunferencia con ese tramo de longitud de arco y se marchó siguiendo la dirección del radio teórico, en algún momento llegaría al centro, pero le tomaría años llegar, una tarea imposible para una sola persona, por eso llevó consigo a un grupo de habitantes de la Comunidad.

Como evidencia de su profunda creencia, talló una esfera perfecta y la dejó conmigo justo antes de partir, así yo recordaría siempre su profunda fe en que somos una Comunidad de la Esfera y creemos que los muros forman una circunferencia; la esfera representa la expresión perfecta de la circularidad, por ello todos debemos tallar una en el transcurso de nuestras vidas, además de trabajar y tener una familia.

Sin embargo, los Mayores no saben que el regalo contiene una trampa. Lo supe luego de tallar mi esfera tal y como se espera de todos nosotros; después de fracasar varias veces, decidí observar con cuidado la de mi padre, confirmé su perfecta redondez, balanceada, el acabado liso, brillante, por tanto cualquier propósito que ocultara el tallado ya lo incluía esa.

Me dediqué a llevar notas de mis observaciones. Rayé todas las paredes de la choza con mis impresiones al recorrer la esfera con un dedo o con la mirada; hice un inventario de sus defectos, luego anulé esa lista haciendo otra de sus virtudes, deseché las irregularidades que podían ser un error de percepción. Calculé su volumen, estimé su peso, luego dividí ambos valores y obtuve una razón exacta.

Hice muchas notas como esa, esperando hallar una clave, una señal, un secreto. Eso me alejó del trabajo en los campos, algunas personas comentaron mi ausencia, otros notaron que no trabajaba en mi esfera sino en notas, se regó la voz de que rehacía los cálculos de mi padre. Para evitar distracciones de mi labor, busqué un escondite. Lo hallé a plena vista entre un grupo de personas que se reunían al final de la tarde a hacer sus tallados. Apenas se saludaban y no notaban mi presencia ni lo que hacía, mirando mi esfera y haciendo anotaciones.

En el laborioso silencio de los talladores, apenas rasgado por el leve crujir de la madera, dejé de hacerme preguntas sobre mi padre y su paradero, tampoco me molestaron



las variaciones, a veces sutiles, de las historias que los Mayores hacían sobre su partida, los muros dejaron de inquietarme también.

Una noche al salir extenuados del taller con las esferas siempre imperfectas, nos quedamos absortos mirando las paredes y alguien preguntó: ¿Los muros siempre habrán sido tan altos? Nos quedamos callados un buen rato, luego el grupo comenzó a disgregarse, aparentemente hartos del silencio. No me moví, a medida que se marcharon los escuché hablar sobre las novedades del día, los vi integrarse al flujo de nuestra realidad líquida y maleable como un dedo deslizándose sobre una esfera.

## LAS VERDADERAS CRÓNICAS DE OMSK

*A José Donoso, el primer habitante de Omsk.*

La pérdida de Omsk es irremediable, ya se han acumulado todos los sucesos que la llevarán a su fin. No hay mucho que se pueda hacer, quizás ganar tiempo con descripciones más detalladas de la vida en la ciudad. Concentrarse en las costumbres locales como la preparación del pan o alguna fiesta típica, pero eso no evitará la traición del duque Karpov. Y menos aun cuando Ricardo sabe que la búsqueda de detalles puso a la ciudad en peligro, tal vez, si hubiese abordado el asunto de una manera más ligera, Omsk no estaría a punto de ser invadida por el ejército del Zar.

El teléfono suena, Ricardo espera por el segundo repique y levanta el auricular. Omsk sobrevivirá por el resto de la tarde. Su jefe le pide confirmar si ciertos clientes cancelaron las facturas vencidas, verificar si aplican cargos por mora, de ser así, calcular los montos, estimar el monto total a cobrar en el mes, determinar si hay que suspender el crédito a alguno de esos clientes; para ello, es necesario revisar el perfil histórico de cada uno y todo debe ser reflejado en un informe ejecutivo para el lunes a las ocho. Es viernes, pero Ricardo no protesta por la carga de tareas, aunque considera que no es probable hacer todo eso para el lunes. Le explica que necesitará el sábado, tal vez hasta la mañana del domingo para ello. El jefe hace una pausa, luego de unos segundos éste le pide adelantar tanto como pueda hasta el sábado y que lo finiquite el lunes en la mañana, que aplazará la reunión para las dos de la tarde. Ricardo se alegra, con tanto trabajo no podrá tomar el cuaderno. Serán unos días más para Omsk.

Ricardo sabe que no podrá salir antes de las ocho o nueve de la noche y se siente aliviado, aunque sólo ha logrado posponer su angustia hasta el domingo. Él sabe que ese día solitario no podrá resistirse a tomar el cuaderno. Por eso alterna su trabajo con

búsquedas en Internet de películas en el cine, foros, seminarios, hasta siente la tentación de asistir a una de las iglesias históricas que se desparraman a gritos cada domingo.

Hace un año buscaba lo mismo para huir del desierto de su vida. A veces encontraba cosas con que distraerse, desde un concierto hasta el seno amable de una prostituta. Sin embargo, al final de cada domingo terminaba encerrado en su diminuto apartamento, frente a la televisión o la computadora, a veces en silencio simple y llano. Se aburría, cierto, pero había algo más que eso: él parecía un barco anclado en un muelle cualquiera, sin ruta, sin destino y el salitre del tiempo lo consumía. En unos años se convertiría en un naufragio total.

Pudo intentar jugar a la familia, reproducir las postales de la felicidad como sus antiguos amigos, pero su trabajo mal pagado y absorbente le daba la excusa a mano para no hacerlo. Como no pudo subirse a esa ola a tiempo se abrió una brecha entre el puerto de su vida y los flamantes buques de sus amistades que navegaban en los cochecitos de sus bebés a un destino prometedor. Se dio cuenta de que esos barcos se habían alejado y ya no podía seguirlos.

Tampoco había sentido nunca que una centella le atravesara el corazón por una mujer, acaso tuvo afecto por algunas, nada más. De hecho, pensó que con Irina ocurría lo mismo, pero con los meses descubrió las diferencias. Nunca experimentó algo como esa descarga violenta, definitiva, de la que hablaba la gente. Ningún remolino de adrenalina inundaba sus entrañas cuando pensaba en Irina, tampoco caminó por los aires, ni se aleló en un éxtasis. Por el contrario, lo que sentía se parecía a navegar en un lago sereno en el que no corría el peligro de hundirse. La contradicción entre la expectativa de la centella y la sensación del lago le hacía pensar que lo de Irina tampoco era amor.

Quizás faltaba la corporeidad, el rostro, la piel. Ricardo había imaginado a Irina muchas veces, nunca le había puesto una cara, tenía una idea de su figura: alta, delgada, rubia a veces, otras con el cabello castaño o negro. Quiso saltarse el cliché de los ojos claros. Un día cuando regresaba a su casa, se cruzó con una chica de ojos marrones, casi ámbar, enormes. Él no pudo librarse de esa mirada hasta que se la dio a Irina. Sólo se refería a ella por su nombre en sus pensamientos, en sus notas aparecía siempre como la princesa Irina.

Al fin y al cabo todo reino debe tener una princesa, y como se había dado a la tarea de inventarse a Omsk, procuró construir uno distinto a su mundo, no tendría el mismo encanto si Irina fuese la hija del presidente. En cambio, como la única hija del Rey, y próxima heredera de ese pequeño universo, se hizo más interesante. La democracia carece de esos *encantos*, su funcionalidad institucional le recordaba a su empresa, al mundo en el que vivía y del cual se aburría. Omsk debía distanciarse de eso, así fue, ahora va a sucumbir, no hay tiempo para inventarse héroes para que rescaten la ciudad y a Irina del duque Karpov, tampoco hay garantías de que ese héroe no termine hundiendo a Omsk también, los mesías suelen tener ese talento.

Ricardo mira desde la ventana cómo la tarde se disipa detrás de los cerros, los compañeros vuelven en sí del letargo de ocho horas frente al computador. Apagan sus equipos, se despiden, alguno le comenta que no debe trabajar tanto, que hará ver mal a los demás. Él le responde que no se preocupe, sólo hace unas actualizaciones de asuntos que tuvo al día en el mes. El compañero respira aliviado y sale.

Apaga la mitad de las luces de la oficina, mira por el ventanal los otros edificios. Los puntos de luz amarilla que se desprendían de las ventanas vecinas le hizo imaginarse hace tiempo que eran lámparas de kerosene colgadas sobre las mesas de los comedores. Luego en la oscuridad plena de la noche, imaginó la hilera de luces como casas en una colina empinada. De una de las nuevas viviendas salía un humo blanquecino, de cocina, de fogón o chimenea. En las nuevas calles imaginarias hacía frío, cosa que distaba mucho del clima real y siempre caluroso del Caribe. El calor le aburría, le fastidiaba el sopor de las dos de la tarde. Por eso pensó que sería interesante que esas calles estuviesen en un sitio con clima templado.

Pasaron varias noches, en cada una agregaba nuevas avenidas, callejones y en una ocasión pudo divisar a lo lejos un anuncio de Coca Cola. La circunferencia roja le hizo pensar en una plaza, entonces su ciudad aérea tuvo un centro, un corazón alrededor del cual agruparse. Las letras del aviso se distorsionaron en su cabeza en un arreglo de adoquines.

Cuando tuvo este conjunto construido le pareció bastante grande como para irse perdiendo por la curva del olvido. Ricardo quiso atesorarlo, esa noche cuando llegó a su casa empezó a escribirlo en una libreta. Hizo dibujos de las casas, las calles, la nueva plaza, agregó faroles y carruajes.

El detalle del carruaje introdujo el primer elemento vivo dentro de su nuevo mundo, además que señalaba de manera inequívoca la pertenencia a un momento particular en la línea del tiempo. Esa marca de época le hizo pensar que en su ciudad había una historia, una serie de sucesos que la llevaron a ese estado. No podía aparecer del aire, como un delirio. Decidió, en primer lugar, ponerle nombre, uno con fuerza suficiente para llevarlo allí sólo al pensarlo.

La búsqueda de esa palabra detuvo por unos días la construcción de la ciudad. En las horas de almuerzo se sumergía en Internet buscando el nombre. En una ocasión se topó con la noticia de una terrible nevada en una ciudad de Siberia, en Omsk. Omsk, se repitió así mismo, lo buscó en Wikipedia. Así se enteró que nació “como un pueblo fortificado para extender la influencia rusa en la zona y protegerse de los mongoles”. Eso coincidía con lo que había dibujado en su libreta, con los muros altos de piedra y una enorme reja de entrada.

Sin duda que su ciudad imaginaria tenía que ser Omsk, pero esta Omsk sería un país. La otra, la de Wikipedia y las noticias no pasaba de un invento de este tiempo, lleno de tragedias e indigentes fallecidos por las olas de frío.

Partiendo de esa idea redactó la primera crónica.

Cuando Omsk fue azotada en el año 1878 por una fuerte helada, se inventó el primer sistema de calefacción colectivo para la ciudad. Este sistema estaba compuesto por torres y ductos que absorbían el aire frío, que después era canalizado por intercambiadores de calor subterráneo y devuelto a la ciudad como una brisa tibia. Todo el sistema se había dispuesto tomando en cuenta las direcciones de las corrientes de aire, por lo que no hacía falta mecanismos de succión para llevarlo hasta los cuartos de calderas. El sistema fue ideado por el ingeniero Sergey Popov, quien trabajó muchos años en Moscú para el cuerpo de ingeniería del ejército del Zar, ya en su retiro volvió a su país de origen. Pero después de la tragedia del 78 se puso a las órdenes del rey de Omsk quien lo apoyó en el proyecto de calefacción. Luego lo nombró secretario de obras públicas, cosa que le hizo un gran favor, porque lo liberó de la carga burocrática que le impidió ejecutar sus ideas para Moscú y le añadió varios años de vida que no hubiese disfrutado en un retiro gris.

Le tomó buena parte de la noche escribir la crónica y superó el tedio de los miércoles, que destacaba por su dureza, quizás porque indicaba la mitad de la semana.

Pasaron dos días antes de volver al cuaderno, cuando lo retomó volvió a pensar sobre la historia de Omsk, de cómo había llegado a ese punto. Entonces quiso construir la historia con la rigurosidad histórica de los manuales de colegio, el resultado le pareció patético. Desechó todas esas páginas y se divirtió creando una leyenda, con héroes y dioses. Así lo hizo, copió descaradamente lo poco que conocía de los mitos griegos, tomado de películas y referencias de Internet.

En el folklore de Omsk se puede encontrar la referencia más antigua sobre su nacimiento: la leyenda popular cuenta que Prometeo logró librarse de los castigos infames de Zeus a cambio de retornar el fuego divino que había robado, le permitirían exiliarse al norte, en el anonimato. Los dioses contarían a los humanos las versiones que se dirían sobre él y el robo del fuego. Prometeo accedió y caminó hacia el norte, al borde helado del mundo. Una vez que llegó al punto más oscuro y frío que encontró, se ocultó en una cueva y permaneció ahí por varios años, apenas con salidas para cazar o buscar nieve para hacer agua.

Prometeo sabía que los dioses le habían dado esa oportunidad de exilarse porque pensaron que el frío intenso y las condiciones agrestes lo matarían. Por eso se escondió tanto como pudo, les dio el gusto de creer que en efecto había desaparecido. Cuando consideró que había pasado suficiente tiempo sacó una bolsa de cuero que había atesorado, y sacó unas piedras. Las chocó y obtuvo una chispa, con algo de leña logró hacer una fogata, después ese fuego se propagó por la cueva y la cerró. El fuego recorrió los vericuetos de las cavernas e irradió calor hacia la tierra, lo que produjo el descongelamiento de las aguas y nacimiento de la flora y los bosques. Luego el clima cambió y se ajustó a las cuatro estaciones. El principio usado por el ingeniero Popov luego de la helada del 78 fue casi el mismo.

La transformación de las condiciones climáticas atrajo a los nómadas que deambulaban por la región, así se establecieron las primeras aldeas que luego formarían la ciudad-estado de Omsk. Se dice que Prometeo se hizo pasar por un nómada más y se estableció con ellos. Los dioses nunca prestaron atención a lo

sucedido en la alejada estepa de Siberia porque los asuntos de los griegos los mantenían ocupados.

Debido a esta leyenda en el centro de la plaza de Omsk no hay un monumento ecuestre que se eleve, por el contrario, hay una escalinata que baja varios metros hasta un habitáculo en el que se encuentra una pira que permanece encendida día y noche, como un homenaje al fuego primigenio de los dioses.

Luego vinieron las historias épicas, las luchas contra los bárbaros y otros invasores. Una etapa emocionante, pero a medida que se acercó en la línea del tiempo, las crónicas se hicieron más racionales: tuvo que hablar del comercio para justificar el crecimiento de la ciudad, por eso convirtió a Omsk en una gran comunidad agrícola y pecuaria, luego un portento metalúrgico que fabricaba materiales en hierro y acero que Rusia necesitaba. Ésta se convirtió en su principal socio comercial y destino de casi todas sus exportaciones. Esa situación crearía las condiciones para la traición del Duque Karpov, pero Ricardo no pudo preverlo en ese momento.

Antes de eso transcurrieron quince meses en los que Ricardo dedicó varios fines de semana para construir una maqueta con bosquejos que había hecho al principio. Reprodujo la plaza y el monumento al fuego, hizo la distribución de la ciudad en forma circular. Añadió una estación de trenes en las afueras, las metalúrgicas y los mataderos también, en el centro ubicó el área del mercado y en el punto más al norte el palacio.

Logró sobreponerse al tedio de su trabajo, pudo verlo como un medio para algo más que la sobrevivencia. Gracias a éste podía comprar materiales para sus maquetas, libretas, las carteleras que había hecho con los mapas de la ciudad. Así que el empleo se volvió un receso para reponer fuerzas y volcarse en las noches en su propio país.

Cuando le pareció que ya había cubierto todos los aspectos importantes de Omsk, decidió enfocarse en los habitantes. Primero hizo descripciones generales del gentilicio, todos bondadosos y bonachones, el rey justo y magnánimo, una comarca feliz. Al poco tiempo las letras se le atascaron en el cuaderno. Dejó de escribir por unos días, cuando quiso retomarlas no supo cómo seguir. Las abandonó por unas semanas, había acumulado suficiente entusiasmo como para sobrevivir al hastío de los días.

Sin embargo, comenzó a molestarle ese abandono, esa quietud del lapicero sobre el papel que luego se convirtió en una voz que le exigía unir las orillas entre el bolígrafo y el

cuaderno. Como consecuencia de ese distanciamiento una mañana volvió despertarse sin saber para qué se levantaba.

Un sábado se impuso la tarea de continuar las crónicas sin importarle el resultado. Retomó la idea del rey bondadoso y el pueblo productivo y feliz, continuó desde ahí; construyó el año de las grandes cosechas y el incremento de los precios del acero, sucesos que se tradujeron en un lapso de prosperidad y florecimiento de la construcción, del comercio y la cultura.

A mitad de la tarde no pudo seguir. Había algo que no encajaba, que le molestaba cada vez que las releía. Decidió ver televisión un rato, hizo zapping hasta caer en un canal que transmitía una película repetida. A los veinte minutos empezó a cabecear, se perdió el resto del film hasta que la música de los créditos lo despertó. Se quedó mirando la cortina de letras que ascendía por la pantalla. Pensó en una palabra para describir aquello y sólo se le ocurrió *monótona*. Esa idea le dio como una pedrada en medio de los ojos.

Ricardo se levantó de inmediato, apagó el televisor y miró de nuevo las páginas que había escrito. Arrancó varias y las echó al cesto. Entendió que esas cosechas de habitantes debían perderse. No hay mucho que pueda decirse sobre la felicidad, excepto que es una vista que se prolonga desde el trampolín de los puntos suspensivos o se hace definitiva con el punto final. En ambos casos es llegar al borde de un abismo; uno puede maravillarse con la vista, pero no hay manera de seguir.

Esa noche escribió:

Las revueltas empezaron en Rusia a principios del siglo XX y todos creían que el omnipotente Zar repondría el orden en las ciudades en donde se iniciaron los disturbios. Pero las revueltas parecían propagarse como un virus. A cada pueblo al que llegaban las noticias explotaba el descontento.

Se les dio la bienvenida a los nobles y burgueses que llegaron con las primeras olas de inmigrantes a Omsk. Hubo solidaridad con ellos porque habían perdido todo menos la vida. Se alojaron en el palacio del Rey y en las viviendas que tenía a su disposición.

Pronto se agruparon en el sector noreste de la capital. Ahí se reunían todas las tardes a tomar el té y seguir el pulso de lo que sucedía en Rusia. A veces parecía



que las cosas retornaban a la normalidad, pero sólo eran pausas para ir a las esquinas, recobrar el aliento y reiniciar el combate.

Así decayó la actividad comercial, primero con las exportaciones de metales y alimentos, lo que produjo una depresión en el mercado internacional. El Rey pensó en recanalizar las exportaciones hacia otros países, lo cual funcionó por un período breve, pero la ubicación de Omsk encarecía los costos. Las circunstancias de Rusia produjeron una caída sostenida de precios en materias primas y alimentos.

Entonces se creó una paradoja: dentro de Rusia el pan se encarecía por su escasez, pero fuera de ella se abarataba a tal punto por el exceso de oferta que los productores no podían continuar. Lo mismo ocurrió con los metales. Omsk vio caer el valor del acero y así empezó a reducir el personal en las industrias para garantizar la sobrevivencia de las mismas.

La aparición masiva de desempleados trajo otros problemas como el aumento de la delincuencia, y de las oleadas de inmigrantes rusos, ahora la gente humilde llegaba escapando de la violencia de ambos bandos. Además, al rey le habían diagnosticado una enfermedad irreversible, se corrió el rumor de que era cáncer, otros decían que era tuberculosis. Su cara demacrada lo delataba, las reuniones constantes con sus ministros hasta la madrugada de casi todos los días aceleraron su desgaste. Como consecuencia de ello el rey debía preparar su sucesión en poco tiempo. Como la reina había muerto hacía dos años, entonces a la princesa Irina le correspondía heredar el trono, a menos que se casara.

¿Qué hacía la princesa Irina mientras tanto? Ayudaba a establecer a los desplazados, ubicarlos en la ciudad, también suministraba materiales para que pudiesen construir sus propias viviendas cuando ya habían saturado los sitios de los que disponía la familia real.

Quizás fue esta la razón que inició los mecanismos que llevarían al duque Karpov a traicionar a la Corona. Se supo de su molestia entre él y los miembros de la familia real cuando dieron en comodato las casas de campo y un par de edificios en la ciudad para el uso de los desplazados. Siempre manifestó su desacuerdo y hasta le hizo llegar una carta al rey expresando el malestar de la familia. Para ello se reunió con la princesa Irina en una velada informal con té y galletas. Entonces Karpov, primo lejano de la princesa, que no la había visto desde que tenía diez años, sorprendido por su delicada belleza, hizo avances en

plan de galanteo. A la princesa le hizo gracia. El duque le llevaba unos cinco años y en verdad era apuesto, pero sus gestos de caballero fueron opacados por su carácter soberbio, típico de quien tuvo la suerte de heredar las industrias metalúrgicas de su padre. Cuando quiso introducir el tema de la asignación de las propiedades a los desplazados, lo hizo a través de comentarios despectivos sobre los rusos, de ahí llegó a la conclusión de que otorgarles asilo por mucho tiempo podía derivar en daños irreparables al patrimonio de la familia real y luego le dio la carta para que la hiciese llegar al rey.

La princesa Irina cumplió con el favor y nunca supo que opinaba su padre de ello. Mientras tanto, quiso conocer mejor a los desplazados y organizó visitas frecuentes con la excusa de verificar sus condiciones. Quería saber si en verdad eran personas tan ruines y despreciables como le había dicho Karpov. Ella no los vio como seres deleznable que esperaban para dar un zarpazo o caer en la rapiña.

El rasgo que la princesa pudo destacar fue la tristeza, el dolor del desarraigo. Algunos de ellos le hablaban del momento para volver y azotar a los revoltosos. Otros sólo querían recuperar las vistas de los bosques o volver a percibir un aroma del pueblo natal. Todos vivían en la nostalgia, interpretándola de diversas formas, desde la tristeza y el añoro hasta la venganza. Ninguno se interrogaba por las causas de lo sucedido.

Ya pasan de las ocho de la noche, Ricardo se ha zambullido en los reportes de ventas que su jefe espera para el lunes. Al ritmo que va tendrá listo su informe para el viernes en la tarde. Quedaría el fin de semana libre, un hiato abismal por el que se puede colar Omsk (e Irina) o por el que puede salir el tigre del tedio.

Mira las ventanas empañadas. Apaga el aire acondicionado, no se dio cuenta de lo helada que se ha puesto la oficina. Abre una ventana, afuera también hace frío. Piensa en cómo salvar a Omsk. Entonces decide buscar el cuaderno y descifrar si existe alguna pista que le sirva para ello.

Ricardo no puede decidir si borra todo y ya, el surgimiento y desarrollo de Omsk siguió una lógica, extraña, pero con sentido propio, por eso las historias alternativas terminaban en la papelera, parecía que la mano inasible de una razón que lo superaba tomaba las suyas y arrancaba las hojas. Sabe que no puede hacer trampa, la historia

funciona con su propio mecanismo interno, falta saber si éste puede ser modificado. Si hay alguna vuelta de tuerca que permita cambiar el flujo de los acontecimientos.

Lee en el cuaderno las últimas páginas.

La enfermedad del Rey se había hecho pública y notoria. La situación rusa también había empeorado, como si ambos padecieran de la misma enfermedad. Por eso la transmisión del mando venía, inevitable, en poco tiempo. En ese entonces varios pretendientes se acercaron a la princesa Irina para prestar apoyo en tan difícil momento, entre ellos el duque Karpov. Ella sabía que sólo les interesaba la corona, y los desairó con amabilidad a todos. Además, sentía que no tenía tiempo para deshojar margaritas, que pronto podía tocarle dirigir al país, por lo que se involucró en los temas de Estado.

El flujo de inmigrantes creció en forma geométrica, ya habitaban en chabolas en los bordes de la ciudad. Así como llegaban rusos desplazados, las empresas y los comercios arrojaban desempleados a la calle, a veces contrataban a los desplazados por salarios miserables. Las arcas del gobierno hacían aguas desde hacía tiempo y la red de servicios públicos se deterioró a tal punto que se empezó a racionar el funcionamiento de la calefacción central, luego hubo sitios en los que se dañó el sistema por falta de mantenimiento.

El duque Karpov, a quien no le hizo gracia el desaire de la princesa Irina, comenzó a capitalizar con rapidez ese descontento y se convirtió en una figura pública que denunciaba las penurias de los más humildes de Omsk. En un periódico habló de la vergüenza que sentía al ver la obra más grande de Sergey Popov perderse en el abandono, mientras que los recursos para el mantenimiento se malgastaban en acomodar a los rusos desplazados, que además habían creado un cinturón de miseria alrededor de la capital y quitaban los pocos trabajos que habían a los habitantes de Omsk.

El gabinete explicaba que la situación económica no mejoraría en el corto plazo y sólo quedaba restringir los gastos hasta que los precios del mercado se recuperaran. El duque Karpov decía que no podían seguir esperando, que era momento de volverse creativos. Así fue como ante el avance de los rebeldes rusos y el cerco que harían a Moscú, el duque Karpov propuso al Zar mover las reservas de oro de Rusia a Omsk de forma temporal, mientras recuperaban el control de la situación. Así resolverían dos problemas de una vez: los depósitos

en oro reflatarían la moneda de Omsk, podrían crear instrumentos financieros para inyectarlos en la deprimida economía y ayudar a los rusos desplazados, el Zar aseguraba que el oro no caería en manos rebeldes.

El Zar aceptó la jugada arriesgada cuando los rebeldes vencieron en el frente del suroeste. Movieron las reservas de oro a los bancos de Omsk, esto trajo el efecto que había predicho Karpov. La inyección de esos recursos permitió la recuperación de buena parte del sistema de calefacción. Varios técnicos crearon bonos y papeles respaldados por el oro ruso que otros países compraron y de ahí vino la inyección del dinero. Con ese mecanismo no se gastaba el oro, sólo se ponía como garantía de pago.

El duque Karpov se convirtió en un héroe, ya en las calles lo proclamaban como el nuevo rey. Logró que aprobaran una ley de impuestos que penaba a los comerciantes y empresarios que contrataran extranjeros. Así todos los rusos fueron despedidos de sus trabajos y reemplazados por habitantes de Omsk. Así mismo, pidió una ley para restringir el acceso de refugiados y otra para que su circulación estuviese limitada dentro del país. Gracias a su popularidad las leyes se aprobaron sin inconvenientes. Los desplazados se convirtieron en parias y en la fuente de todos los problemas: delincuencia, enfermedades, especulación, hasta del clima helado de ese año.

El invierno de ese año se hizo muy duro, el sistema de calefacción no se daba abasto y volvió a fallar en varios sectores. El gobierno tuvo que incrementar los impuestos para costear las reparaciones, el duque Karpov achacó la culpa a los rusos desplazados, porque –según él– hacían tomas ilegales a la red del sistema. Nunca se supo si eso era cierto, pero la gente desesperada por explicaciones sencillas, lo tomó como tal.

La princesa Irina trataba de conciliar los bandos, se reunía con los representantes de los refugiados, trataba de demostrar que no existían tales sabotajes. Karpov acusaba al gobierno, y a ella, de comportarse como unos entreguistas. El rey, ya en cama, le había advertido a la princesa Irina que Karpov haría una revuelta cuando él muriera que no dejaría enfriar su cuerpo para tomar acciones.

Un ministro se reunió en secreto con la princesa Irina y le propuso que se casara con Karpov, que lo dejara ascender al trono, una vez allí un grupo se ocuparía

de su “trágico” deceso unos meses después y entonces ella sería la triste viuda que heredaría el trono. Nada como las tragedias familiares para unir al pueblo. La princesa Irina lo pensó por unos días y sopesó los riesgos ¿quién le garantizaba que no sería ella la víctima? ¿Cómo saber si Karpov no se encontraba detrás de ese plan? Desechó la idea y comprendió que no podía confiar en los ministros de su padre. Buscaban su reacomodo en el nuevo gobierno. Algunos ministros saltaron abiertamente a la acera de Karpov. Los periódicos dudaban de la capacidad de la princesa Irina para gobernar. El rey falleció, los actos del entierro fueron breves y atropellados. Sentimientos encontrados aplaudían su muerte mientras otros lo lloraban. Los refugiados rusos expresaron mucha pena. Karpov aprovechó eso para insinuar de nuevo el carácter entreguista del gobierno. A los pocos días la princesa Irina se convirtió en reina, fue una ceremonia precipitada, el duque Karpov no dejó de señalar que en ese acto se evidenciaba la incompetencia de la nueva reina, ni siquiera podía organizar un acto público tan importante con la solemnidad que merecía. A los dos meses de la posesión de la reina Irina estalló la crisis del oro: el gobierno ruso tuvo que subirse a un tren y mantenerse en constante movimiento para huir de los rebeldes, las tropas leales seguían luchando en varios frentes. Los generales rusos propusieron que las fuerzas debían reagruparse para iniciar la campaña por la recuperación de Rusia, para ello debían ubicarse en un país que estuviese dispuesto a darles cobijo mientras se reorganizaban. El sitio escogido fue una república ubicada al suroeste de Rusia, pero la entrada se condicionaba a la colocación de las reservas de oro en el banco central de ese país. Entonces se dirigieron a Omsk a buscar su oro. La reina sabía que perder esos fondos suponía un riesgo enorme para la estabilidad económica de Omsk, pero mantenerlo también. Si no lo entregaban entonces podían arrastrar de lleno el conflicto ruso a Omsk.

Un emisario del Zar llegó primero para aclarar las cuentas y preparar la logística del traslado. La reina Irina lo recibió junto con sus ministros, el duque Karpov también asistió. Cuando se dirigieron a las arcas y las abrieron no hubo necesidad de hacer un conteo, a simple vista se veía que había mucho menos de la mitad del oro entregado. Todos se quedaron boquiabiertos. Karpov exclamó su indignación, el oro había sido dilapidado. El emisario también gritó algunos

insultos y subió a su carruaje sin siquiera recoger sus cosas en el palacio, y se encontró con el Zar que se hallaba a unos días de camino.

El Zar envió cartas exigiendo el reintegro del oro, que se tuviera listo para el momento de su llegada o de lo contrario serían invadidos por el ejército, no le importaría tomar posesión de Omsk y convertirlo en su nuevo cuartel de operaciones. Aun con tropas diezgadas podían vencer a las fuerzas armadas de Omsk.

Mientras tanto, Karpov denunciaba el robo del oro en los periódicos y el riesgo en el que se había puesto a la nación por la irresponsabilidad de la reina. Las figuras más notables del país se reunieron con Karpov y le exigieron que hiciera algo, que no podía continuar ese gobierno tan corrupto e incompetente.

El sistema de calefacción colapsaba de nuevo, había regiones del país en las que la gente moría congelada. Sectores de los refugiados esperaban ansiosos la llegada del Zar, y muchos deseaban que en efecto se posesionara de Omsk, así ellos dejarían de ser parias, otros temían por la sangre.

En la ciudad se iniciaron disturbios a favor y en contra del gobierno, también contra los refugiados, Karpov daba declaraciones indignadas a diario y apelaba por el rescate de Omsk, como descendientes de Prometeo había que recuperar el fuego de los dioses. Un grupo de generales se unió a Karpov.

La reina Irina se reunió con los generales leales y dispusieron que la policía se ocupara del orden público y el ejército de defender la ciudad en caso de una invasión. Ella sabía que no tenían ninguna oportunidad contra las tropas rusas, pero quería ganar tiempo y encontrar alguna forma de negociar con el Zar. Debía investigar que había pasado con el oro.

Era domingo y el Zar había notificado que llegaría el próximo viernes, se ubicaría a quinientos metros de las puertas de Omsk y esperaría por su oro dos horas, luego entraría en la ciudad. Karpov salió de Omsk el día lunes a escondidas e interceptó al tren del Zar el miércoles, se reunió con él y le dijo que había investigado y develado la red de corrupción de la reina, ya casi tenía ubicado el oro. En vista del corto y nefasto reinado de Irina necesitaba su apoyo para deponerla, una vez que Karpov estuviera en el poder, él colocaría a sus hombres de confianza en los puestos claves para así culminar la búsqueda y devolver hasta el último lingote de oro.

Además de eso, le ofreció al Zar la posibilidad de establecerse en Omsk en lugar de cruzar de nuevo Rusia, porque después que cargara con el oro, los rebeldes no descansarían hasta quitárselo. Una vez que Karpov tomara el trono él contaría con un aliado para reponer sus fuerzas y planificar sus estrategias de contraataque, además lo más granado de la nobleza rusa vivía allí y ya eran como hijos de Omsk.

El Zar accedió a todo, habría dicho que sí a cualquier barbaridad con tal de entrar a Omsk con rapidez. Karpov le entregó planos de la ciudad, junto con las posiciones de los cuarteles y las tropas, además de la ubicación del palacio y de los sitios en los que podrían encontrar a la reina. Sellaron el pacto y Karpov regresó a Omsk.

A la reina se le ocurrió sabotear las vías del tren a varios kilómetros antes de llegar. La táctica funcionó y el Zar se retrasó un par de días, pero al final de la tarde del domingo ya había establecido su cuartel a mil metros de las puertas de Omsk y envió un emisario para avisar que tenían una hora para entregar el oro. La reina envió otro emisario para recordarle que había dado dos horas en otro comunicado. El Zar mandó de nuevo a su mensajero para decir que no recordaba aquello. Cuando ese último mensaje fue recibido por la reina Irina, pensó en rendirse, negociar una tregua, cualquier cosa antes de que se iniciara la lucha.

Ricardo sabe que la pérdida de Omsk es irremediable, ya se han acumulado todos los sucesos que la llevarán a su fin. Matarán a Irina apenas tengan oportunidad, quizás Karpov lo haga en la confusión de la batalla. Se acercará a ella con la excusa de ayudarla a escapar, la rodeará con sus hombres de confianza, le dirá que la van a proteger, luego la apuñalarán, podría ser dentro del palacio para evitar los testigos. La traición del duque Karpov se completará y no hay nada que hacer, la lógica de la historia lo demanda así.

Cierra el cuaderno y decide marcharse, ya es tarde como para llegar a su apartamento, bañarse, comer, ver un rato TV, ir a la cama. Apaga el resto de las luces y baja por el ascensor. Tiene que caminar unos cien metros para llegar a la avenida principal y tomar un taxi. Estornuda y se lleva las manos a los bolsillos, se levanta el cuello de la camisa, no quiere resfriarse.

Pasa al lado de un poste de luz y mira su sombra, nota que ésta tiembla, percibe que el brillo de la lámpara es muy débil. Pasa al lado del siguiente poste y nota lo mismo, levanta la vista y mira la lámpara. Se da cuenta de que en efecto la luz parpadea con irregularidad, mira con cuidado y descubre que no hay bombillo dentro, es una llama. Se vuelve y descubre una leve neblina deslizándose al final de la calle. Siente frío y sigue caminando hacia la avenida.

Cuando llega a la esquina escucha los cascos de caballos al trote, se detiene y un carruaje pasa frente a él. Mira al costado y reconoce el escudo del duque Karpov. Entonces reconoce la calle y mira hacia el norte, sabe que desemboca en el palacio de Irina. Escucha una explosión lejana, posibles salvas de cañones, advertencias. Mira su reloj y se da cuenta de que falta media hora para que se venza el plazo dado por el Zar.

Empieza a correr, pasa las calles y ve a la gente recogiendo sus cosas, subiéndolas en los coches. Cuando se da cuenta que va cerca de la plaza central, se detiene. Va hacia las escalinatas que descienden hasta la pira de Prometeo, baja y encuentra la pira apagada. Ricardo mete sus manos en el tazón que debería arder día y noche, se mancha con aceite, sigue buscando en el piso hasta que encuentra las piedras.

Sale de la plaza y corre hasta el palacio. Cuando llega avista el carruaje de Karpov en la entrada. Ricardo tiene una ventaja: conoce el palacio en cada palmo y la ruta a los aposentos de Irina. Pasa por el salón principal, escucha gritos y vidrios estallando en el ala este. La guardia de Karpov va asesinando a cualquiera que se le atraviese, no va a dejar testigos. Sube por unas escaleras ocultas que desembocan en el pasillo de las habitaciones principales.

Mientras sube piensa en lo que le dirá Irina, quizás apele a algún detalle íntimo para convencerla, un detalle particular sobre su padre o de ella misma o describirle el complot del falso matrimonio para matar a Karpov. Debe llamar su atención y persuadirla de que deben huir, explicarle en unos minutos que ya no queda nada por salvar en ese sueño devenido en pesadilla, tampoco hay nada en el mundo del cual él proviene.

Sólo queda una apuesta: escapar a las montañas, encontrar la cueva de Prometeo, reavivar el fuego primigenio con las piedras que lleva en los bolsillos y dejarse consumir en ese fuego, fundirse con ella para despertar en otra Omsk, una que no esté condenada a perderse, una de la que algún día pueda escribir otras crónicas en las que la felicidad sea



mucho más que un hermoso paisaje frente a un precipicio, esas deben ser las crónicas definitivas, las verdaderas crónicas de Omsk.

## Índice

Voy a dejarte, Nena

Cíclope

Un par de vestidos

El otro domingo

La medida de lo posible

Las losas y los caracoles

La comunidad de la esfera

Las verdaderas crónicas de Omsk

Esta edición de *Mundos Diagonales* consta de 500 ejemplares. Se terminó de imprimir en septiembre de 2015 en Los talleres gráficos de Fotolito Digital, Caracas, Venezuela. En su composición se emplearon tipos de la familia Times New Roman sobre papel Bond 20 grs.